El Correo

ABRIL 1987 - 9 francos franceses (España: 240 pts. IVA incl.)



diarios de viaje

La hora de los pueblos



Foto J Purcell © Establecimiento Público del Museo de Orsay, París

De la estación al museo

Construida de 1898 a 1900, la Estación de Orsay permitía llegar hasta el centro de París, por vías subterráneas, a los trenes de viajeros. Al cabo de unos treinta años, con el progreso de las técnicas, el tráfico de las grandes líneas abandona la nueva estación. La gigantesca nave central, con una audaz estructura metálica, alberga diversas actividades. Amenazados un momento de demolición, se decide finalmente en 1978 que la estación y el hotel vecino se conviertan en un gran museo moderno que albergue las colecciones francesas de arte del siglo XIX. El Museo de Orsay abrió sus puertas al público en 1986. Arriba, vista de la nave central : las salas y terrazas del museo se alinean donde antaño estaban las vías férreas y los andenes; al fondo, el gran reloj de la antigua estación.

Este número

Abril 1987

Año XL

El viaje, una de las más antiguas e importantes actividades del hombre, obedece desde siempre a los más variados motivos, desde la busca de nuevos territorios de caza hasta la conquista del espacio, pasando por la ocupación de puntos o regiones enteras con fines comerciales, religiosos o políticos o por la comunicación con la invisible mediante el viaje de iniciación.

En este número de *El Correo de la Unesco* no se intenta hacer un inventario de los viajes en todas sus formas, pasadas o presentes, empresa desproporcionada para nuestra revista. Lo que nos interesaba era el viaje como medio de encuentro entre individuos y culturas. Mediante una selección lo más amplia y variada posible de diarios o relatos de viaje, de muy diversas épocas y lugares, lo que queríamos era mostrar la ocasión que el viaje ofrece de encuentro con el *Otro*, las disparidades y las similitudes entre *descubridores* y *descubiertos* en que tienen su origen desde el más hondo antagonismo cultural hasta el reconocimiento de lo *idéntico* en los aspectos más insospechados y de lo *diverso* tal como nos lo ha ido revelando poco a poco el cabal conocimiento del planeta.

De ahí que hayamos dejado fuera de nuestra selección las descripciones "objetivas" del clima, el paisaje, la flora, la fauna, las costumbres o la organización política, es decir todo aquello que es propio de la esfera científica de la antropología o la etnología.

Llevados por este deseo de ofrecer a nuestros lectores anécdotas o reflexiones tomadas de viajes lo más variados posible, geográfica y culturalmente, hemos procurado reagrupar esos testimonios según una tipología general que no es, naturalmente, ni exhaustiva ni exclusivista. No cabe duda de que han quedado fuera de este número algunos grandes viajeros, como Marco Polo, Bougainville o los cronistas de Indias españoles, o algún que otro gran escritor relator de viajes, pero es porque nuestro propósito era utilizar nuestro reducido espacio para destacar la figura de otros viajeros menos conocidos del público, como un Olaudah Equiano o un Jan Myrdal, y para poner de relieve el carácter multifacético de los viajes.

En definitiva, lo que pretendíamos era mostrar como el hombre, a través del viaje, termina por encontrarse ante sí mismo, por *deformada* que se le aparezca su propia imagen en el espejo del otro.

Nuestra portada : adaptación de una imagen popular rusa del siglo XVIII, grabada en madera y tomada de una serie titulada *Historia de José el magnífico*.
Portada posterior : estampa japonesa de Keisai Yoshiku (1833-1904) : una elegante dama francesa escucha los relatos de viaje de un holandés que fuma un cigarro y cuyo barco está anclado en la bahía. En la parte superior de la estampa, un vocabulario extranjero (*kokukotoba*) da en letra cursiva la pronunciación japonesa aproximada de algunas palabras inglesas y holandesas.

Portada © Documento de base : Biblioteca Nacional, París
Foto George Ducret © Galería Janette Ostier, París

Jefe de redacción: Edouard Glissant

4 **El viajero y su búsqueda** por Jacques Brosse

Mito y viaje

8 **Cerca del Paraíso Terrenal** por Cristóbal Colon

9 **Tras la pista de las Amazonas** por Cristóbal de Acuña

10 **Caminando por la Luna** por Neil A. Armstrong y Edwin E. Aldrin

Descubridores y descubiertos

11 **La misa al son del cañon** por Fernando Magallanes/ Antonio Pigafetta

12 **Salvados por los indios** por Jacques Cartier

12 **Festejos en las Islas de la Amistad** por James Cook

13 **Un ruso en las costas de Alaska** por Grigori Shelijov

14 **El correo nadador** por Alexander von Humboldt

Viajeros y comerciantes

15 **El viajero perdido** por Athanase Nikitine

16 **La lección de caló** por George Borrow

Encuentro con el otro

17 **Cómo me convertí en Gustavus Vasa** por Olaudah Equiano

18 **Larga nariz, piel blanca y boca de miel** por Mungo Park

23 **El regreso a las fuentes** por Victor Segalen

Peregrinos y misioneros

24 **Sabio entre los sabios** por Xuan Zang

25 **La visita al regente** por Régis-Evariste Huc

El viaje interior

26 **El peregrino de lo absoluto** por Farid al-Din Attar

Viajeros letrados en el Lejano Occidente

27 **Diplomáticos japoneses bajo vigilancia** por Fukuzawa Yukichi

28 **En China y en Occidente** por Yuan Zuzhi

30 **Las fruiciones que le están al vulgo vedadas** por Domingo F. Sarmiento

31 **Un general chino en París** por Cheng Ki-Tong

32 **Un poeta indio visita a un pastor inglés** por Rabindranath Tagore

El viajero inmóvil

33 **Paris on Thames** por Joris-Karl Huysmans

La libertad del viaje

34 **La princesa guerrera** por Ibn Battuta

35 **En el corazón de Africa** por René Caillié

36 **Deporte psíquico** por Alexandra David-Néel

37 **Tras las huellas de Marco Polo** por Jan Myrdal

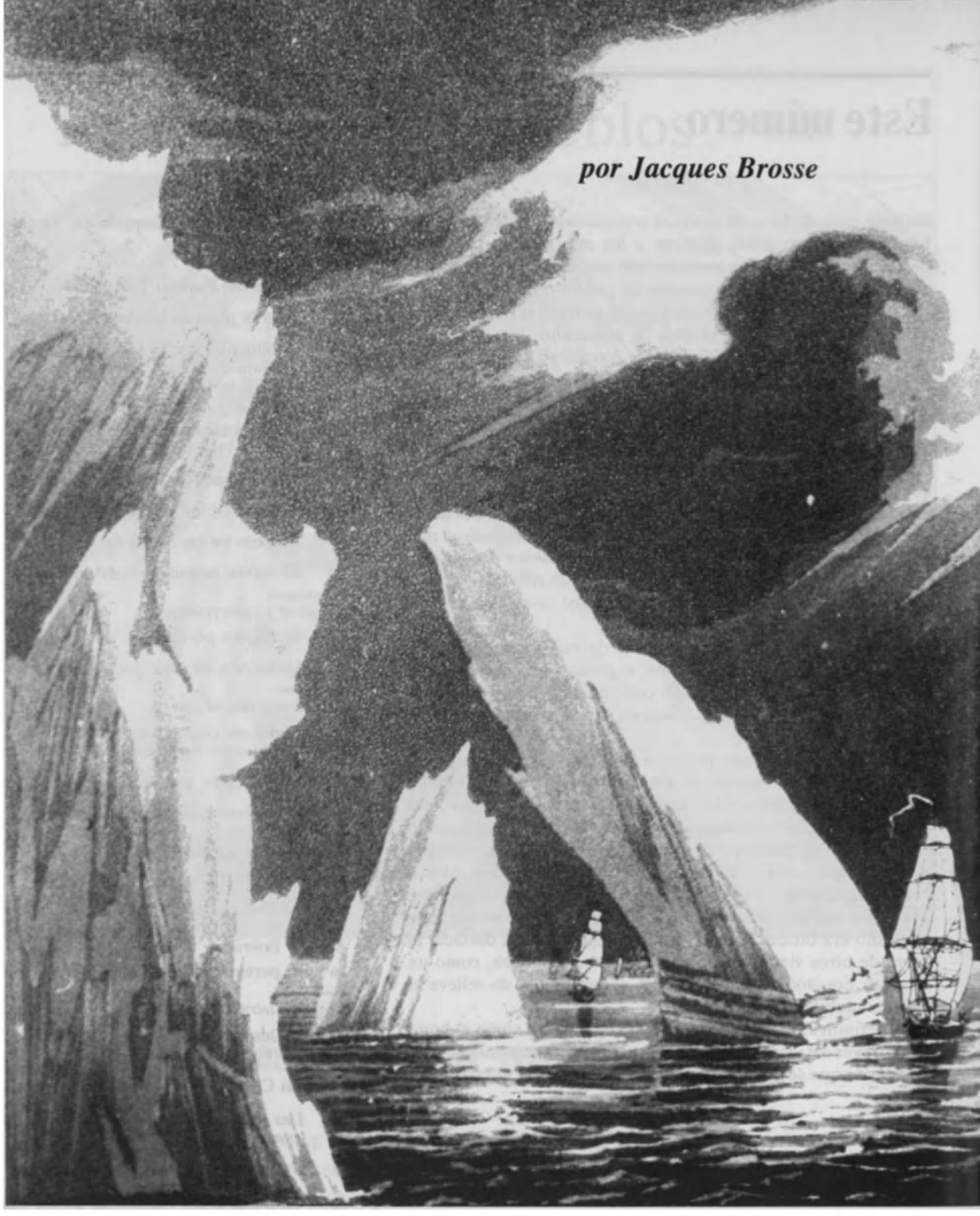
El Correo
Una ventana abierta al mundo

Revista mensual publicada **en 32 idiomas** por la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura 7, Place Fontenoy, 75700 París.

Español	Italiano	Turco	Esloveno	Finés
Francés	Hindi	Urdu	Macedonio	Sueco
Inglés	Tamul	Catalán	Serbio-croata	Vascuence
Ruso	Hebreo	Malayo	Chino	Tai
Alemán	Persa	Coreano	Búlgaro	
Arabe	Portugués	Swahili	Griego	
Japonés	Neerlandés	Croata-serbio	Cingalés	

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés, francés y coreano.

ISSN 0304-310 X
N° 4 - 1987 - CPD - 87 - 3 - 444 S



por Jacques Brosse

ANTAÑO, los viajeros tomaban por modelo a los héroes cuyas hazañas narran las mitologías. En virtud de su origen, medio divino y medio humano, los héroes tenían por misión unir lo conocido con lo desconocido, poner en comunicación la esfera de los hombres con el empíreo de los dioses y el mundo subterráneo de los muertos. El umbral de este último podían franquearlo en ambos sentidos. Era esa incluso una de las pruebas que debían afrontar, ya que, aunque llamados a ser inmortales, tenían que conquistar su inmortalidad recorriendo la tierra hasta sus extremos confines, nunca hollados por nadie antes de ellos.

Tal es el caso de Heracles (Hércules) dirigiéndose primero al Jardín de las Hespérides y después a los Infiernos, de Jasón y sus compañeros lanzados a la conquista del Vellocino de Oro, y del troyano Eneas, hijo humano de Afrodita (Venus), errando de Asia a Africa antes de fundar en Italia una pequeña nación que un día iba a dominar el mundo. Es también el caso del prototipo de tantos viajeros, el divino Ulises. Con el relato de su periplo, la *Odisea*, se inicia la literatura griega, pero ya muchos siglos antes le había precedido la *Epopeya de Gilgamesh*, el héroe sumerio que marcha a tierras lejanas en busca de la inmortalidad. De la misma manera, los viajes chinos más antiguos tenían por meta las islas de los Inmortales y el monte Kunlun, eje y centro del mundo. También algunas divinidades emprendían viajes, mientras los hombres esperaban con impaciencia su retorno; tal ocurre, por ejemplo, con Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada de los mexicanos precolombinos, quienes, para su desgracia, creyeron reconocer su escolta en el ejército de los conquistadores españoles. Y para los hawayanos la llegada de enormes naves cargadas de inauditas riquezas a la bahía de Kealakekua no podía ser sino la reaparición del dios Lorono, al que identificaron con el capitán Cook, que iba a morir víctima de tan gloriosa equivocación.

Esencial y primigeniamente, el viaje es menos una aventura que una búsqueda. Ciertamente, la decisión de expatriarse nace de la voluntad de romper con el círculo familiar, con el estéril marasmo de los hábitos, pero aun con mayor razón del deseo de desprenderse del viejo caparazón de humanidad, de emprender el camino de la propia transformación. Las etapas del viaje corresponden a un proceso de iniciación, prestando su ritmo a la marcha hacia el misterio; los encuentros sucesivos con los monstruos constituyen las pruebas simbólicas a las que debe

El viajero y su búsqueda



Foto © Jean-Loup Charmet, París

Atravesando los hielos, ilustración del primer viaje realizado en 1818 por el navegante escocés John Ross (1777-1856) en busca de un paso entre el Atlántico y el Pacífico.

someterse el futuro iniciado. Para sus familiares y amigos, que, al verle partir, admiraron su temeridad, el viajero no es ya al volver el mismo hombre; rodeado aun por el halo de lo desconocido, se ha convertido en un héroe.

En última instancia, el viaje puede ser incluso un viaje inmóvil, plena y exclusivamente interior. A veces tiene lugar en una especie de soñar despierto, como el descenso de Dante a los círculos infernales. Y sabido es que existe toda una tradición del viaje de iniciación cuyos ejemplos más eminentes son el *Pantagruel* de François Rabelais y *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift pasando por la *Busca del Santo Grial*. En esta última leyenda la proeza caballeresca es algo secundario que sólo puede alcanzar su objetivo —encontrar la copa perdida con la sangre del Redentor— si va acompañada por una metamorfosis íntima. Por haberlo comprendido sólo a medias fracasaron Lanzarote y Parsifal, hasta que Galaad consiguió su propósito, pero únicamente a costa de desprenderse de sí mismo, hasta el punto de alcanzar la perfecta transparencia, convirtiéndose así en el reflejo del objeto de su búsqueda, Jesucristo. La lección vale para cualquier viaje, que sólo puede lograrse si el viajero que va en busca del Otro llega a identificarse con él.

Esa significación esotérica la encontramos en los relatos chinos y japoneses que se inspiran probablemente en el viaje shamánico, pues si el shamanismo ha quedado hoy reducido a Siberia, en otros tiempos se extendía por toda Asia. Pues bien, conviene subrayar que este peligroso ejercicio mágico el shamán en modo alguno lo realiza en beneficio propio sino como intercesor entre la comunidad humana que representa y el mundo de los dioses, los cuales le han elegido para ese oficio, confiándole el poder de llegar hasta su morada celeste, hermética para todos los demás. De similar manera, si Dante desciende a los círculos infernales, si Galaad parte en busca del Grial, es para poder ofrecer a los demás lo que ellos han visto y que los otros no pueden ver, para revelarles lo desconocido.

Para nosotros se trata simplemente de viajes imaginarios, pero ésta es sólo una óptica moderna. En los antiguos relatos lo mítico y lo real se hallan inextricablemente mezclados, por lo que resulta muy difícil cualquier interpretación racionalista: no siempre pueden distinguirse los datos geográficos y lo que pertenece a la esfera de los símbolos, ya que un mismo objeto puede ser ambas cosas a la vez. Tal ocurre con la *Odisea* y tal vez con la muy ejemplarizante *Navegación de San Brendan*, novela



Foto © Jean-Loup Charmet, París. Biblioteca Nacional, París

Hombre enmascarado de las islas Sandwich (actual archipiélago de Hawai), ilustración del tercer viaje del capitán James Cook (1776-1790).

de aventuras que tuvo inmenso éxito en la Edad Media, pero también, aunque sus autores fueran mercaderes, con el Periplo del cartaginés Hannón, que muy probablemente exploró hacia el año 450 a.C. la costa occidental de Africa hasta el golfo de Guinea, y con los viajes de Marco Polo, que, según su subtítulo, son también una "Descripción del mundo" y, por tanto, una cosmología. ¿Y habrá que recordar que hasta su muerte Cristóbal Colón estaba convencido de haber descubierto, no ya el Nuevo Mundo, sino las islas del Japón y las costas de China?

Hasta las grandes expediciones transoceánicas del Renacimiento, todo viaje se desarrollaba en dos dimensiones, una vertical, hoy diríamos subjetiva, y otra horizontal, situada en el espacio terrestre, objetiva pues. No debe olvidarse que esta ambigüedad, que para los modernos es un vicio, era para los contemporáneos lo que prestaba al viaje su verdadero sentido. ¿Y cómo no iba ocurrir así en la Europa medieval en que el viajero típico es el peregrino y su avatar guerrero, el cruzado? ¿Qué van a buscar esos hombres en lejanos países? El perdón de sus pecados, la certidumbre de la salvación; lo que al cabo del viaje encuentran es su verdadera patria, la Jerusalén terrestre o celeste. Con esa óptica se redactaron los escasos relatos que han llegado hasta nosotros: son auténticas guías de peregrinación a Tierra Santa.

Tal es también el sentido de las relaciones que los monjes chinos nos han dejado de su visita a los santos lugares del budismo; pero esos monjes son letrados: lo que van buscando hasta la India son textos sagrados más bien que reliquias y sus escritos, las relaciones de viaje de Fa Xian en el siglo V, de Yi Jing y de Xuan Zang en el VII, constituyen magníficos documentos tanto de carácter histórico como geográfico.

También es por razones religiosas por lo que los árabes recorren Oriente. El musulmán está casi obligado a hacerse viajero puesto que una de sus obligaciones es realizar una vez al menos durante su vida la peregrinación a La Meca. Por otro lado, como la presencia árabe se extendía por una gran parte del mundo antiguo, dentro de sus confines se hallaban dispersos los maestros capaces de dispensar la enseñanza oral, que en el Islam es esencial. Deseoso de perfeccionar sus conocimientos, el creyente tendrá que ir de uno a otro y, de ese modo, recorrer el mundo musulmán, pero, allí donde vaya, encontrará correligionarios para comprenderle y para ayudarle. Gracias a ello podemos hoy leer los relatos de viaje de Ibn Yubair, en el siglo XII, y de Ibn Battuta, que en un cuarto de siglo recorrió la mitad del globo.

La propagación del Islam tuvo asimismo por resultado la creación por los árabes, hábiles comerciantes y navegantes excelentes, del único auténtico comercio internacional, terrestre y marítimo, que existió durante la Edad Media, en particular el tráfico de especias. Gracias a las informaciones que recogían los mercaderes en sus viajes hasta China e Indonesia, los geógrafos árabes pudieron trazar la imagen de Oriente más completa de la época. Estos sabios musulmanes no eran sólo geógrafos sino también astrónomos y hombres de refinada cultura y no sólo teóricos sino igualmente viajeros. Con ellos los relatos empiezan a parecerse a auténticas encuestas y, como tales, se afanan por ser exactos, racionalistas, casi científicos, a la manera de la *Historia* de Herodoto en la Grecia del siglo V a.C. (los árabes, no lo olvidemos, fueron los herederos de los griegos). Así, en plena Edad Media los árabes eran ya viajeros modernos.

Si hemos examinado con algún detenimiento el problema de los orígenes es porque era menester definir la mentalidad de los viajeros más antiguos, el estatuto que los convertía en seres aparte en el seno de la comunidad, pues de ese primer tipo provienen todos los demás.

En los treinta años transcurridos entre los viajes de Cristóbal Colón y el primer viaje alrededor del mundo realizado en 1520-1522 por la expedición de Magallanes-Elcano, lapso durante el cual los occidentales, particularmente los españoles y portugueses, descubrieron sucesivamente América, la ruta de las Indias y el océano Pacífico, los viajes cambian radicalmente de sentido. Perdida toda significación sagrada o mítica, ya sólo transcurren en una sola dimensión, la horizontal. No se trata ya de entrar en contacto con el Otro Mundo sino con otras sociedades humanas. El Otro se ha convertido en el otro, pero no en el semejante puesto que sigue siendo el pagano al que hay que convertir primero.

Salvo raras excepciones, los viajeros del siglo XVI pertenecen más o menos a un nuevo modelo, el conquistador. Ya no son hombres curiosos y prudentes sino jefes de expediciones armadas, violentos y rapaces, que se dedican simultáneamente a convertir a los indígenas. a conquistar sus territorios y a perseguir sin freno sus fines personales. Dios y el rey, a los que con tanto provecho han servido, les deben esa compensación. Esos hombres eran portugueses y españoles, después holandeses y por último ingleses y franceses; ellos fueron los creadores de los imperios coloniales, seguidos de cerca por los misioneros y los mercaderes. La imagen que exportaban y que imponían tanto a amerindios como a asiáticos siguió siendo durante largo tiempo para éstos el rostro mismo del Occidente cristiano.

Y sin embargo, junto a esta política agresiva, subsistía el vivo impulso de curiosidad que había suscitado el Renacimiento, el afán humanista por conocer el universo entero, con su diversidad natural y humana. Encarnan ese espíritu los viajeros naturalistas, desde el francés Pierre Belon y el italiano Próspero Alpini en el siglo XVI hasta el sueco Peter Thunberg en el XVIII y el escocés David Douglas a comienzos del XIX. Esas misiones perfectamente pacíficas, emprendidas con carácter individual por hombres resueltos cuya vida estaba plenamente

consagrada a incrementar los saberes, constituyen el contrapeso positivo de una a menudo cínica brutalidad.

La corriente que ellos representan, y que nos interesa particularmente aquí porque a ella corresponde un nuevo tipo de viajero, suelen dejarla de lado los historiadores de viajes. Y, sin embargo, no se interrumpió hasta comienzos del siglo XIX y alcanzó su apogeo en el Siglo de las Luces, concretamente poco después de 1750, cuando se iniciaron las grandes expediciones marítimas cuya misión era explorar lo que aun estaba por descubrir en el hemisferio sur hasta el continente antártico, cuya existencia era objeto de ardientes controversias. Con esas expediciones se intentaba colmar las lagunas de los mapas y elaborar una imagen más completa de la Tierra.

Esto es lo que realizó en sus tres viajes el capitán inglés James Cook. Como su predecesor inmediato el francés Louis Antoine de Bougainville y como sus sucesores que se inspiraron en los métodos cuya eficacia él había demostrado, Cook se hizo acompañar por un equipo de científicos competentes cuya misión era realizar un inventario al fin sistemático de la fauna y de la flora. Gracias a las relaciones muy pormenorizadas de tales circunnavegaciones, conocemos hoy perfectamente a esos científicos, jóvenes y entusiastas, que se sometían de buen grado a la disciplina que exigen los viajes marítimos, soportando unas condiciones muy duras y riesgos a menudo mortales.

Y es de admirar que muchos de los supervivientes emprendieran inmediatamente nuevos viajes que duraban de tres a cinco años, como el mismo Cook, su modelo inigualable e incluso su héroe (lo que en efecto era). Este gran explorador hijo de un obrero agrícola, ascendido desde los niveles más bajos de la marinería, no era sólo un navegante experimentado cuya autoridad se equilibraba con su constante preocupación por el bienestar de la tripulación; lo que más nos sorprende hoy es su generosa actitud para con los pueblos visitados. No sólo no empleó Cook contra ellos la violencia salvo cuando se vio forzado a ello sino que se afanó por comprender sus costumbres y sus creencias, que le eran totalmente extrañas, con una anchura de miras sin precedentes y una atención tan minuciosa que fue él quien, aun sin saberlo, fundó la etnografía, esa ciencia del otro, basada no sólo en la observación sino también en el diálogo.

Grabado del pintor francés Edgar Degas (1834-1917), hacia 1857, que muestra a Dante y Virgilio (a la izquierda, con la cabeza coronada de laurel) ante la puerta del infierno, episodio del Infierno de Dante (1265-1321).



Foto © Derechos reservados

Empero, nunca cayó Cook en el exceso contrario al que caracterizaba la conducta de los colonialistas: el culto del "buen salvaje" propio de los "filósofos" de fines del siglo XVIII de quienes decía Jean François de Galaup, conde de La Pérousse, que por algún tiempo compartió sus ilusiones aunque terminó por abandonarlas: "Escriben sus libros al amor del fuego y yo viajo desde hace treinta años"; poco después de escribir lo cual moría junto con sus subordinados, asesinado por los "hijos de la naturaleza".

Por desgracia, esta edad de oro duró poco. Todavía el francés Jules Sébastien César Dumont d'Urville, descubridor del continente antártico, e incluso sus émulos, el norteamericano Charles Wilkes y el inglés James Clark Ross, continuaron hasta 1843 el ejemplo de Cook, pero con ellos y con el fin de las circunnavegaciones desaparece una cierta manera de ver y de pensar. El idealismo humanitario es sustituido por las preocupaciones mercantiles de la burguesía de negocios que por entonces se instala en el poder. Y es harto frecuente que las misiones religiosas se conviertan en auxiliares de las grandes potencias, en vanguardia de la ocupación armada.

Pero la fiebre de los descubrimientos y la fascinación de lo maravilloso, pasando ya del plano sobrenatural al natural, subsistieron plenamente en los exploradores científicos cuyo ejemplo más cabal fue, en los primeros años del siglo XIX, Alexander von Humboldt. Perteneciente a una noble y rica familia, el prusiano Humboldt, uno de los últimos humanistas provistos de una cultura auténticamente universal, parece el tipo opuesto de Cook, el inglés empírico; y, sin embargo, son muchos los puntos en que ambos se asemejan y se completan. El *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente realizado en 1799-1804* del primero sirvió durante largo tiempo de modelo a los exploradores terrestres, como los *Viajes* del segundo para los navegantes.

Los dignos herederos de uno y otro fueron los ingleses Charles Darwin a bordo del *Beagle*, Henry Walter Bates y Alfred Russel Wallace abriéndose camino por entre la esplendorosa e infernal jungla amazónica. Lo fueron también quienes penetraron hasta el corazón tanto tiempo ignoto del continente africano, desde el escocés Mungo Park y el francés René Caillié —el viajero solitario— hasta el impávido y humanísimo misionero David Livingstone. Pero con éste desaparecía en 1873 todo un tipo de héroe, modesto y desinteresado, es decir algo que ya no era su sucesor inmediato, el periodista anglonorteamericano Stanley.

En adelante, la exploración se puso cada vez más netamente al servicio de los intereses capitalistas, como preludio a una nueva forma de servidumbre. La fascinación subsiste aun en los últimos exploradores —los que descubrieron las regiones polares—, pero sus aventuras se asemejan cada vez más a las proezas deportivas.

¿Qué queda del espíritu que animaba a aquellos viajeros llenos de aventura en una época como la nuestra en que basta tomar un avión para creerse un héroe? Hoy prima el turista, pero ¿va este nuevo tipo de viajero al encuentro del otro? ¿se interesa incluso, en el fondo, por encontrarle? Tal vez al viaje ya sólo le quede un futuro: el que le brinda la exploración del espacio. Pero aun es demasiado pronto para saberlo. □

JACQUES BROSSE, *escritor y naturalista francés, es autor de una veintena de libros, entre ellos* La vuelta al mundo de los exploradores. Los grandes viajes marítimos, 1764-1843 *(Ediciones del Serbal, Barcelona, 1985) y* Terres promises, *su propia vuelta al mundo. Ha escrito también* Alexandra David-Néel. L'aventure et la spiritualité, *primera biografía de la exploradora y escritora francesa.*

Mito y viaje

En la mente de los primeros descubridores europeos de la Edad Media y del Renacimiento —un Colón, una Amérigo Vespucci, un Magallanes— se mezclaban inextricablemente los hechos legendarios y los reales. Su visión del mundo se halla influida por los relatos de antiguos viajeros en que lo fabuloso se codea a menudo con la realidad observada, como en el *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo —una de las lecturas favoritas de Cristóbal Colón—, formando un conjunto que parece digno de crédito dados los límites y la imprecisión de los mapas de la época pero también en virtud de una serie de mitos que sobrevivirán tenazmente hasta mucho tiempo después.

Cerca del Paraíso Terrenal

por Cristóbal Colón

En la época de Cristóbal Colón (1450 o 1451-1506), el descubridor de América, aun no se ponía en duda la realidad de la existencia del Paríso Terrenal. El mito procede de la Biblia, donde se dice: "Dios plantó un paraíso en el Edén, hacia Oricnte, y allí puso al hombre al que había creado" (Génesis, L. II, 8). Dar con el Paraíso Terrenal era una de las obsesiones que guiaban al gran navegante genovés mientras se dedicaba a buscar la ruta hacia China y la India por Occidente. La lujuriante riqueza de la flora y de la fauna, la suavidad del clima y la abundancia de agua que observó en el Nuevo Mundo no hicieron sino confirmarle en su sueño. En su tercer viaje, realizado en 1498, el Almirante descubre la desembocadura del Orinoco, en las costas de América del Sur, y piensa que al fin ha dado con el Paraíso Terrenal que para él tiene que ser el origen de tan inmenso río de agua dulce.

LA Sacra Escriptura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraíso y en él puso el árbol de la vida, y d'él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Eufrates, los cuales apartan la sierra y hazen la Mesopotamia y van a tener en Persia, y el Nilo que naçe en Ethiopía y va en la mar en Alexandría.

Yo no hallo ni jamás e hallado escriptura de latinos ni de griegos que certificadamente diga al, sino en este mundo, del Paraíso Terrenal, ni e visto en ningún mapamundo, salvo situado con autoridad de argumento. Algunos le ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Ethiopía, mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad d'ello en la temperançia del cielo (o) en la altura hazia el cielo, porque se pudiese comprender que él era allí, ni que las aguas del diluvio oviesen llegado allí, las cuales subieronençima, etc. Algunos gentiles quisieron dezir por argumentos, que él era en las islas Fortunate, que son las Canarias, etc.

Sant Isidro y Beda y Strabo y el Maestro de la *Historia Scolástica* y Sant Ambrosio y Scoto y todos los sacros theólogos conçiertan qu'el Paraíso Terrenal es en el Oriente, etc.

Ya dixe lo que yo hallaba d'este hemisferio y de la hechura, y creo que si yo passara por debaxo de la línea equinoçial, que en llegando allí en esto más alto, que fallara muy mayor temperançia y diversidad en las estrellas y en las aguas, no porque yo crea que allí, adonde es el altura del estremo, sea navegable ni (a) agua, ni que se pueda subir allá; porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina. Y creo qu'esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandíssima y aya otras muchas en el Austro, de que jamás se ovo noticia.

Yo no tomo qu'el Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera, como el



Foto © Bulloz, París. Museo del Louvre, París

La Tierra o El Paraíso Terrenal *(detalle), pintura sobre cobre del artista flamenco Jan Bruegel llamado Bruegel de Velours (1568-1625).*

escrevir d'ello nos amuestra, salvo qu'él sea en el colmo, allí donde dixe la figura del peçón de la pera, y que poco a poco andando hazia allí desde muy lexos se va subiendo a él, y creo que nadie no podría llegar al colmo, como yo dixe, y creo que pueda salir de allí esa agua, bien que sea lexos y venga a parar allí donde yo vengo, y faga este lago. Grandes indiçios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulçe fuese así adentro e vezina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavíssima temperançia. Y si de ellí del Paraíso no sale, pareçe aun mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo. □

Relación del tercer viaje a América. Carta a los Reyes Católicos, 1498



Foto © M. Rojas Mix, París

Esta Amazona, que aparece como una alegoría de América, figura en un libro aparecido en 1784 cuyo tema son los trajes de los pueblos del mundo y cuyo autor es el escritor y artista francés Jacques Grasset de Saint-Sauveur (1757-1810).

Tras la pista de las Amazonas

por Cristóbal de Acuña

¿Existieron en América las Amazonas, esas mujeres guerreras y cazadoras que la mitología griega situaba en Asia Menor? Los griegos les atribuían la costumbre de quemarles a sus hijas el seno derecho para que pudieran tirar mejor con arco. En el siglo XVI, el explorador español Francisco de Orellana, el primero que descendió el Amazonas hasta su desembocadura, afirmó que había combatido contra una tropa de Amazonas, junto al río Marañón que por ello recibió entonces su nombre actual, aunque hay quienes creen que éste se deriva de una palabra indígena. Tras el relato de Orellana, fueron varios los viajeros que se lanzaron en busca de las temibles mujeres. En 1639, el muy erudito Padre Cristóbal de Acuña (1597-1675), jesuita español, participó con tal fin en uno de los primeros viajes de exploración de la cuenca amazónica, que fue el origen del relato aquí reproducido. Cien años después, en pleno "Siglo de las Luces", un viajero científico como el francés Charles Marie de la Condamine seguía aun creyendo seriamente en el mito de las Amazonas.

TREINTA y seis leguas de esta Aldea, corriendo Río abajo, está a la banda del Norte el de las Amazonas, que con nombre de Río Canuri es conocido entre aquellos naturales.

Toma este Río el nombre de los primeros Indios que sustenta en su boca, a quienes se siguen los Apantos, que hablan la lengua general de todo el Brasil. Tras estos están situados los Taguaus, y los últimos, que son los que comunican con las mismas Amazonas, son los Guacarás.

Tienen estas mujeres varoniles su asiento entre grandes montes, y eminentes cerros, de los cuales el que más se descuella entre los otros, y que como más soberbio es combatido de los vientos, con más rigor, a cuya causa toda la vida se muestra escalado y limpio de hierba, se llama Yacamiaba.

Son mujeres de gran valor, y que siempre se han conservado sin ordinario comercio de varones, y aun cuando éstos por concierto que con ellas tienen vienen cada año a sus tierras, los reciben con las armas en la mano, que son arcos y flechas, que juegan por algún espacio de tiempo, hasta que satisfechas de que vienen de paz los conocidos, y dejando las armas, acuden todas a las canoas, o embarcaciones de los huéspedes y cogiendo cada una la hamaca que halla más a mano, que son las camas en que ellos duermen, la llevan a su casa, y colgándola en parte donde el dueño la conozca, le reciben por huésped aquellos pocos días, después de los cuales ellos se vuelven a sus tierras, continuando todos los años este viaje por el mismo tiempo. Las hijas hembras que de este ayuntamiento las nacen, conservan y crían entre sí mismas que son las que han de llevar adelante el valor y costumbres de su nación, pero los hijos varones no hay tanta certeza de lo que con ellos hacen. Un Indio, que siendo pequeño había ido con su padre a esta entrada, afirmó que los hijos varones los entregaban a sus padres, cuando el siguiente año volvían a sus tierras.Pero los demás, y es lo que parece más cierto por ser dicho más común, dicen que en reconociéndoles por tales les quitan la vida. El tiempo descubrirá la verdad, y si estas son las Amazonas afamadas de los historiadores, tesoros encierran en su comarca para enriquecer a todo el mundo. □

Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas, el que fue y se hizo por orden de Su Majestad el año 1639 por las provincias de Quito en los Reynos del Perú, 1641. Tomado de *La maravilla de América. Los cronistas de Indias*, por Carmen Bravo Villasante, Instituto de Cooperación Ibero americana, Madrid, 1985

Mito

Caminando por la Luna

por Neil A. Armstrong y Edwin E. Aldrin

¡Caminar por la Luna!: un viejo sueño de la humanidad que se convertía en realidad el 21 de julio de 1969, fecha en que dos astronautas norteamericanos, Neil A. Armstrong y Edwin E. Aldrin, hollaban por primera vez el suelo de nuestro satélite. A continuación se reproduce un fragmento de su conversación (en el que interviene el Centro director de Houston) en tan histórico momento. Símbolo cósmico y fuente de innumerables mitos, la Luna ha sido objeto de atención para los escritores desde la Antigüedad hasta nuestros días. En el siglo XVII el francés Cyrano de Bergerac, autor de **L'Autre Monde** *(El otro mundo), vuela hacia la Luna en una barquilla cuyas velas empuja la evaporación del rocío. Dos siglos después, en el XIX, los héroes de la novela de Julio Verne* **De la Tierra a la Luna** *dan la vuelta al satélite cómodamente instalados en un obús. Y en los años 50 de este siglo Tintín y sus compañeros, en las famosas historietas ilustradas de su nombre, efectúan un viaje tan realista como lleno de peripecias que fascinará a dos generaciones de lectores. Tintín fue el primero que caminó por la Luna... hasta Neil Armstrong.*

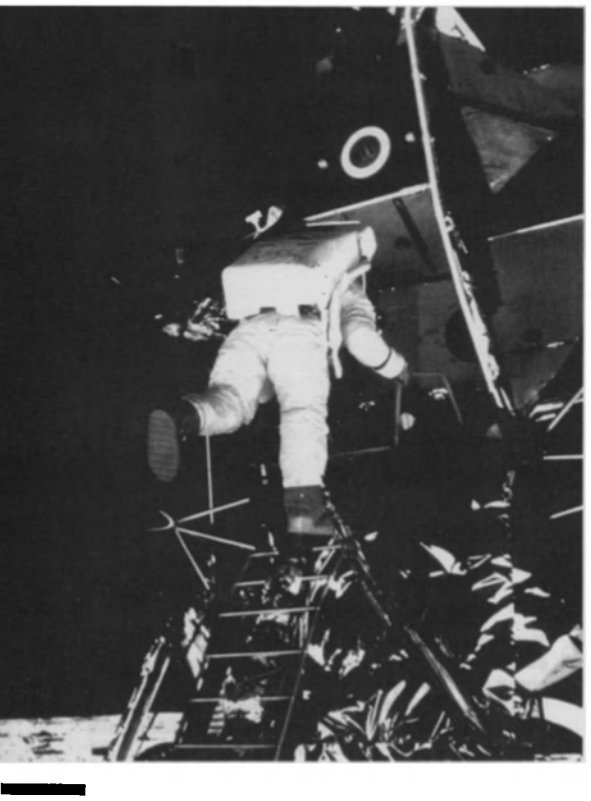


Foto © IPS, París

Edwin E. Aldrin, el segundo hombre que holló el suelo de la Luna, desciende los primeros escalones del módulo lunar de Apollo-11, posado en la superficie polvorienta del mar de la Tranquilidad.

Armstrong: Listo, Houston, estoy en el portal.
Houston: Roger, Neil.
Aldrin: Detente donde estás un minuto, Neil.
Armstrong: De acuerdo.
Aldrin: Todo está bien y en orden aquí.
Armstrong: Muy bien, ¿puedes abrir la puerta un poco más?
Aldrin: Perfecto
Houston: Ya tenemos la imagen en la televisión.
Aldrin: ¿Es buena la imagen, eh?
Houston: Está bastante contrastada y actualmente aparece al revés en el monitor. Pero podemos ver numerosos detalles.
Armstrong: De acuerdo, por favor verifiquen la posición, la apertura que debo tener en la cámara fotográfica.
Houston: ¿La qué? Ahora podemos verte bajando la escalera.
Armstrong: Estoy al pie de la escalera. Los cojinetes de apoyo del módulo lunar sólo se han hundido en la superficie aproximadamente una o dos pulgadas, aunque la superficie parece tener un grano muy muy fino a medida que uno se acerca a ella. Es casi como polvo. Ahora voy a salir del módulo lunar.
Es sólo un pequeño paso para un hombre pero un gran salto para la humanidad.
La superficie es de polvo fino. Puedo removerlo fácilmente con la punta del pie. Se adhiere en capas finas como carbón en polvo a la suela y los lados de mis botas. Mis pies se hunden solamente una pequeña fracción de pulgada, tal vez un octavo, pero puedo ver las huellas de mis botas y las pisadas en las finas partículas de arena. (...)
En realidad, no hay ningún problema para caminar.
En la sombra está bastante oscuro aquí y me cuesta un poco ver si estoy avanzando por donde debo. Buscaré mi camino a la luz del sol pero sin mirarlo directamente.
Estoy mirando hacia el módulo lunar, de pie en la sombra, y mirando hacia...las ventanas y puedo ver todo con bastante claridad. La luz se refleja lo suficiente en la parte delantera del módulo como para que todo sea claramente visible.
Avanzaré y tomaré aquí mis primeras fotografías.
Aldrin: ¿Vas a tomar las muestras del suelo? Sí, está bien.
Armstrong: Las muestras del suelo están abajo y están arriba. Es un poco difícil perforar la corteza. Es muy interesante. La superficie es muy blanda pero en algunos lugares al introducir el colector de muestras tropiezo con superficies muy duras; sin embargo, parece haber un material uniforme con mucha cohesión. Procuraré llevar un trozo de roca de aquí.
Houston: ¡Oh!, todo parece muy hermoso desde aquí, Neil.
Armstrong: Tiene una belleza desolada muy característica. Se parece a gran parte de la altiplanicie desierta de los Estados Unidos. Es diferente pero es algo muy hermoso. Les advierto que muchas de las muestras de rocas duras tienen en la superficie unas especies de vesículas.
Aldrin: ¿Listo para que yo salga?
Armstrong: Sí. Pero aguarda un momento; tengo que pasar esto por encima de la baranda.
Aldrin: ¿Ya está?
Armstrong: Perfecto, ya está. ¿Listo?
Aldrin: Todo preparado. (...)
Aldrin: Qué lejos están mis pies de...
Armstrong: Estás justamente en el borde del portal.
Aldrin: Un leve movimiento de pies. El portal. Doblo la espalda...sin ningún problema. Ahora quiero apoyarme y entornar la puerta, cerciorándome de que no la he cerrado al salir.
Armstrong: Buena idea. (...)
Aldrin: Será nuestra casa durante las próximas dos horas, tenemos que cuidarla. Estoy en el escalón superior. Es muy fácil saltar hacia abajo de un escalón al siguiente.
Armstrong: Sí, me parece muy cómodo, y caminar también resulta muy cómodo, Houston. Te quedan tres escalones más y luego uno largo.
Aldrin: Voy a poner un pie en el peldaño de abajo y agarrar con las dos manos el cuarto peldaño de la escalera.
Armstrong: Un poquito más. Otra pulgada, más o menos. Ya lo lograste. Fue un buen paso.
Aldrin: Aproximadamente de tres pies. Hermosa vista.
Armstrong: ¿No es algo que vale la pena? □

Descubridores y descubiertos

Gracias a los grandes viajes de exploración y de conquista los europeos van descubriendo a otros pueblos, otras latitudes y otros climas. Con ello cambia su imagen del mundo. A la visión maravillosa o mágica de la Edad Media sucede una confrontación, que a veces se convierte en enfrentamiento, entre descubridores y descubiertos. Se empieza así a cobrar conciencia de las diferencias entre las civilizaciones.

La misa al son del cañón

por Fernando Magallanes/ Pigafetta

El objetivo de la expedición de Fernando Magallanes (1580-hacia 1521), navegante portugués al servicio de la Corona española, era puramente comercial: alcanzar las "islas de las especias", por la ruta de Occidente. Pero el viaje, que aportó la prueba de la esfericidad de la Tierra, tuvo un eco considerable gracias al relato del italiano Antonio Pigafetta, el historiógrafo de la expedición y uno de los pocos sobrevivientes de esta primera circunnavegación del planeta que duró casi tres años y costó la vida a Magallanes, muerto en las Filipinas por los indígenas. En 1522 llegaba a Sanlúcar de Barrameda, España, una sola nave de la expedición al mando del español Juan Sebastián Elcano.

EL domingo, último día de marzo y fiesta de Pascua, el Capitán envió de madrugada al capellán a tierra para celebrar la misa. Y el intérprete fue en su compañía para decir al rey que no bajaban a tierra para comer con él sino sólo para oír misa.

Al oír lo cual el rey envió dos puercos muertos. Y cuando llegó la hora de decir misa, el Capitán con cincuenta hombres fue a tierra, no en armas sino sólo con las espadas y vestidos lo más honestamente que pudo cada cual. Antes de que las barcas llegaran a tierra, nuestras naves dispararon seis cañonazos en señal de paz.

Al saltar a tierra los dos reyes estaban presentes y recibieron amablemente a nuestro Capitán y le colocaron en medio de ellos; después fuimos al lugar preparado para decir la misa, que no estaba lejos de la orilla. Antes de que comenzara la misa, el Capitán les echó encima a ambos reyes mucha agua rosada. Y cuando llegó el ofertorio de la misa, ambos reyes fueron a besar la cruz igual que nosotros pero no ofrecieron nada. En el momento de la elevación del cuerpo de Nuestro Señor, estaban de rodillas como nosotros y adoraron a Nuestro Señor con las manos juntas. Y las naves dispararon toda la artillería al elevarse el cuerpo de Nuestro Señor.

Una vez dicha la misa, cada uno mostró su condición de cristiano recibiendo a Nuestro Señor. Después el Capitán hizo que sus gentes esgrimieran las espadas, lo que dio mucho contento a los reyes. Luego mandó traer una cruz con los clavos y la corona, a los que los reyes hicieron reverencia. Y el Capitán mandó que les dijeran que las cosas que les mostraban eran la enseña del Emperador su amo y señor, del que había recibido encargo y mandamiento de que la pusiera en todas partes a donde fuera y pasara. Y les dijo que quería levantarla en su país para provecho de ellos porque, si más tarde venían a estas islas algunas naves de España, al ver la dicha cruz sabrían que nosotros habíamos hecho estancia en ellas. Y con ello no les harían nada desagradable ni a sus personas ni a sus bienes. Si hacían prisioneros a algunos de los suyos, al mostrarles de súbito esa señal les dejarían libres.

Además de eso, el Capitán les dijo que era de necesidad que esta cruz se pusiera en la cima de la más alta montaña de su país para que todos los días, al ver dicha cruz, la adorasen y que, si así hacían, ni trueno ni rayo ni tempestad podrían dañarles. Los reyes dieron gracias al Capitán y dijeron que así lo harían de buen grado. Luego les mandó preguntar si eran moros o gentiles y en qué creían. Respondieron ellos que no adoraban otra cosa sino que juntaban las manos mirando hacia el cielo y que llamaban a su dios Aba. Al oír estas palabras, el Capitán tuvo mucho contento. (...) Hizo entonces que preguntaran al primer rey si tenía algunos enemigos que le hiciesen la guerra y que si los tenía iría a vencerlos con sus gentes y sus naves para someterlos a su obediencia. Dando las gracias, el rey le respondió que había dos islas cuyas gentes eran enemigos suyos. Empero, no era el momento de ir a atacarlos. El Capitán le dijo pues que si Dios le concedía la gracia de poder volver otra vez a aquel país, traería tantas gentes que los pondrían por la fuerza bajo su obediencia. Luego mandó decirles por el dicho intérprete que se iba a almorzar y que después volvería para hacer que se colocara la cruz en la cima de la montaña; los dos reyes dijeron que estaban contentos y con ello, abrazando al Capitán, se separaron. □

Relazioni in torno al primo viaggio di circumnavegazione. Notizia del Mondo Nuovo con le figure dei paesi scoperti (Relaciones sobre el primer viaje de circunnavegación. Noticia del Nuevo Mundo con las figuras de los países descubiertos) (1800)



Foto © Alan Cash, Londres

Pintura de una iglesia de Cebú, isla de las Filipinas donde Magallanes desembarcó en 1521, que conmemora el levantamiento de la cruz por el navegante portugués.

Salvados por los indios

por Jacques Cartier

Uno de los descubrimientos americanos más importantes, tras el de Colón, fue seguramente el del río San Lorenzo realizado en 1535 por el marino francés Jacques Cartier (1491-1557). De gran ayuda le fueron en sus exploraciones del Canadá los guías e intérpretes que le acompañaban. Ellos enseñaron a Cartier a conocer la geografía del país, sus recursos, las costumbres y el lenguaje de los indios. Durante su segundo viaje pasó en Stadaconé (Quebec) el duro y largo invierno canadiense, durante el cual una epidemia de escorbuto diezmó a sus hombres. Uno de los intérpretes de Cartier le indicó el remedio: una tisana de tuya, rica en vitamina C.



Dibujo de C.W. Jefferys © Ryerson Press, Toronto

Jacques Cartier encuentra a un grupo de indios a orillas del río San Lorenzo, durante su segundo viaje de exploración al Canadá, en 1535.

UN día nuestro capitán, viendo como se propagaba la enfermedad y los estragos que causaba entre su gente, salió del fuerte y, mientras paseaba por el suelo helado, atisbó a un grupo de personas que llegaban de Stadaconé, entre las que se encontraba Dom Agaya. Unos diez o doce días antes el capitán le había visto bastante enfermo, aquejado del mismo mal que asolaba a su gente: una de sus piernas había tomado, a la altura de la rodilla, las dimensiones de un niño de dos años, y todos los nervios de su extremidad estaban contraídos; los dientes se le habían caído o estaban estropeados y sus encías aparecían podridas e infectadas. Mucho se alegró el capitán de ver a Dom Agaya sano y animoso, pues confiaba en que le diría como se había curado y en que de este modo podría asistir y prestar auxilio a los suyos. Y fue así como, una vez que el grupo se acercó al fuerte, el capitán le preguntó como había hecho para sanar. Dom Agaya respondió que debía su restablecimiento al jugo de las hojas de un árbol y al aguardiente, remedios singulares contra la enfermedad. Quiso entonces el capitán enterarse de si era posible encontrarlo en los alrededores, pidiéndole que se lo mostrara, pues deseaba curar a su sirviente, que había contraído la enfermedad en el Canadá durante su estancia en la casa del Señor Donnacona, omitiendo ya aclarar cuántos compañeros estaban enfermos. Mandó entonces Dom Agaya a dos mujeres con el capitán a buscar el remedio, y volvieron trayendo nueve o diez ramos. Nos enseñaron que se debía triturar la corteza y las hojas del árbol y hervir todo en agua; tras lo cual, un día sí y otro no, debía beberse esta agua y tratarse con aguardiente las piernas inflamadas y enfermas. Ninguna dolencia resistía a este árbol, que en su lengua llamaban *anneda*[1].

Poco después el capitán mandó fabricar el brebaje para administrárselo a los enfermos. Ninguno de éstos estaba muy dispuesto a experimentarlo, y sólo uno o dos se atrevieron a hacer la prueba. Tan pronto como lo hubieron ingerido tuvieron su recompensa, que fue nada menos que un auténtico y flagrante prodigio; pues inmediatamente de haber bebido la poción dos o tres veces recobraron la salud y sanaron de cuanta enfermedad padecieran; al punto que tal compañero atacado de sífilis desde cinco o seis años antes que llegara esta enfermedad quedó, gracias a la medicina, completamente curado. Una vez que esto se vio y supo, la noticia tuvo tal repercusión que se hubieran matado por ver quien era el primero en conseguir el medicamento. Fue así como un árbol grueso y elevado como jamás había yo visto se consumió en menos de ocho días, y su operación fue tal que todos los médicos de Lovaina y Montpellier, con todas las drogas de Alejandría, no habrían obtenido en un año lo que ese árbol consiguió en ocho días. Pues tantos fueron sus beneficios que todos los que quisieron servirse de él recobraron, gracias a Dios, la salud y se curaron. □

[1] No ha podido determinarse a ciencia cierta de qué árbol se trataba. Pero se supone que era el abeto del Canadá. NDLR

Viajes al Canadá. Con las relaciones de los viajes a América de Gonneville, Varrazano y Roberval

Festejos en las Islas de la Amistad

por James Cook

La relación de sus viajes escrita por el capitán James Cook (1728-1779), el gran navegante y explorador inglés, es un modelo en su género. Gracias a sus exploraciones pudo la geografía de su tiempo dar un paso importante al acabar con el mito de un continente antártico que se suponía llegaba hasta las latitudes medias y al dejar a la posteridad mapas admirables y definitivos. Pero además Cook sometió a las poblaciones que tuvo ocasión de conocer a encuestas de un rigor y objetividad tales que bien puede considerársele como uno de los primeros etnógrafos. Durante su tercer viaje, en 1777, Cook vuelve a las islas de la Amistad (el actual reino de Tonga) donde ya había desembarcado tres años antes.

FINOU* había expresado el deseo de presenciar los ejercicios de los soldados de marina y, como yo estaba pronto a satisfacer su curiosidad, el día 20 por la mañana ordené a todos los tripulantes de las dos naves que bajaran a tierra. Después que éstos hubieron realizado sus diversas maniobras y disparado unas cuantas salvas que parecieron gustar a la nutrida concurrencia, el jefe nos ofreció a su vez un espectáculo que, en nuestra unánime opinión, superaba en destreza y precisión los ejemplos de maniobras militares que habíamos presentado. Se trataba de una especie de danza, tan diferente de lo ya visto que temo no poder, con una simple descripción, dar a mis lectores una idea que se aproxime a la realidad. Había 105 ejecutantes, todos hombres, cada uno de los cuales desempeñaba su papel. Todos tenían en la mano sendos instrumentos, trabajados muy delicadamente, con una forma que se asemejaba más o menos a la de un canalete, de diez pies y medio de largo, y dotados de un mango pequeño y una hoja fina que los hacía muy livianos. Los ejecutantes movían estos instrumentos de múltiples y variadas maneras, y a cada una correspondía una actitud o movimiento diferentes del cuerpo. Se pusieron, para comenzar, en tres filas, y mediante desplazamientos sucesivos cada hombre cambiaba su posición original, de tal modo que los que estaban atrás pasaron adelante. No se quedaban de todos modos mucho tiempo en el mismo lugar, y sus movimientos se hacían mediante transiciones rápidas. En un momento se desplegaban en una fila única, luego formaban un semicírculo, y por último dos columnas cuadradas. Mientras realizaban este último movimiento, uno de ellos se adelantó e interpretó frente a mí una danza humorística que puso fin al espectáculo.

Los instrumentos musicales consistían en dos tambores o, más bien, dos bloques de madera huecos que, al ser golpeados con dos palillos, dejaban escuchar claramente algunas notas. No me pareció, sin embargo, que los bailarines toma-

sen mucho en cuenta estos sonidos como orientación o ayuda, pues obedecían más bien a un coro de música vocal en que participaban simultáneamente todos los ejecutantes. Su canto no carecía de cierta armonía agradable y todos los movimientos se encadenaban con tanta destreza que aquel cuerpo de ballet compacto parecía funcionar como una gran maquinaria única. Todos pensábamos que semejante ejecución merecería el aplauso unánime en un teatro europeo; estaba tan por encima de todos los espectáculos con los que habíamos tratado de entretenerlos que hubiera podido creerse que se afanaban por dejar sentada su superioridad sobre nosotros. Nuestros instrumentos musicales no les atrajeron en absoluto, salvo el tambor, que por otra parte no consideraban superior a los suyos. Con el propósito de suscitar en ellos una opinión más favorable acerca de los entretenimientos ingleses y de impregnar sus espíritus de una noción más elevada de la superioridad de nuestros talentos, mandé que se prepararan algunos fuegos artificiales, que hice encender al caer la noche en presencia de Finou y otros jefes. Nuestros cohetes volantes y acuáticos, en especial, les gustaron y asombraron más allá de lo descriptible; los puntos estaban en adelante de nuestro lado. □

* El jefe Finou, al que se consideraba rey de todo el archipiélago, le dispensa una extraordinaria acogida.

Viaje hacia el Polo sur y alrededor del mundo

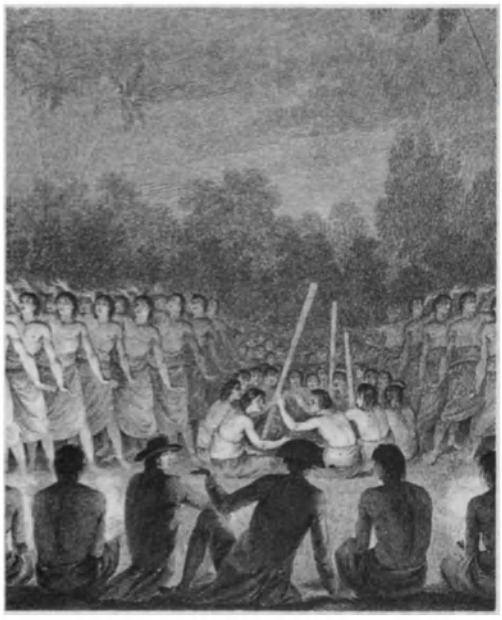


Foto © Bulloz, París

Durante su tercer viaje (1776-1880), el capitán Cook presencia una danza nocturna ejecutada por hombres en una de las islas de la Amistad (hoy archipiélago de Tonga).

Un ruso en las costas de Alaska

por Grigori Shelijov

En 1740-1741 un grupo de exploradores rusos bajo el mando del danés Vitus Jonassen Bering descubren Alaska y las islas Aleutianas. Se inicia entonces en la región un comercio anárquico de pieles. Hasta el día en que un audaz comerciante ruso, Grigori Shelijov (1747-1797), consigue regularizar la explotación reuniendo a todos los negociantes en una sola "Compañía de América" que instala factorías en casi todas las islas Aleutianas. Entre 1783 y 1786 Shelijov lleva a cabo un viaje de exploración por las costas de estas islas. Sus descripciones son documentos de gran valor etnográfico. Los habitantes a los que aquí describe son los de la isla de Kodiak, o Koniagas, los primeros esquimales de Alaska con los que entraron en contacto los rusos a fines del siglo XVIII. El estrecho que separa esa isla de la península de Alaska lleva justamente su nombre.

HOMBRES, mujeres y muchachas suelen perforarse el tabique de la nariz, así como las orejas y el labio inferior. Aunque con menor frecuencia, los varones lucen también tatuajes en el cuello y ostentan todos una grieta en el labio inferior, por lo que a primera vista parece como si tuvieran dos bocas. Por el agujero practicado en el tabique de la nariz pasan un pedazo largo de hueso; los que poseen perlas y corales suelen colgarlos de las orejas, los labios y la nariz, por considerarlo muy apropiado y sobremanera decorativo. No se afeitan la barba y no todos usan camisa; tienen la costumbre de andar descalzos y, en su casa, prácticamente desnudos, si no es por algún trozo de piel de animal o algunas flores y hierbas que se ciñen por delante. Se cubren con *parkas** de castor, zorro, oso, liebre, raton almizclero o lince. Existe un tipo de *parka* —de nombre bastante peculiar— hecha de tripas de león marino, becerro marino y ballena. En la cabeza lucen tocados fabricados con raíces de pino y hierba trenzadas o sombreros de madera alabeada y vaciada. Pescan animales marinos valiéndose de arpones, que lanzan instalados en tablas, y para la guerra disponen de arcos y lanzas de hierro, cobre, hueso y piedra. También son de hierro sus hachas, de tipo particular, semejantes a un pequeño trozo de metal. Confeccionan sus tubos y sus cuchillos con hierro y hueso. Sus agujas son igualmente de hierro y, hasta nuestra llegada, eran las propias mujeres las que las fabricaban, empleando hilo hecho de nervio. La vajilla es de madera, de cuerno de oveja salvaje, de arcilla o de piedra ahuecada.

Cuando pescan o cazan animales marinos se sirven de embarcaciones grandes o pequeñas en las que el armazón, a guisa de tablas, está recubierto de pieles cosidas herméticamente de modo que sólo dejan al descubierto un hueco. Para la pesca en los ríos construyen pequeños diques de piedra y atrapan a los peces valiéndose de lanzas similares a picas, con un agujero en el extremo, por donde introducen una aguja o púa de piedra o de hierro, sujeta por dientes de hueso y unida por un nervio a un trozo de madera. En los golfos y bahías que forma el mar se sirven de arpones para cazar los peces más grandes en el momento en que aparecen en la superficie. Hacen fuego por el procedimiento de la fricción sobre madera y para alumbrarse utilizan grasa de foca, de oso, de león marino o de ballena, que ponen a arder en recipientes de piedra en los que introducen hierbas que sirven de mecha.

Cuando reciben invitados se pintarrajean de rojo y, vestidos con sus mejores trajes, tocan los tamboriles y ejecutan una danza, llevando en sus manos las armas de guerra; por su parte, los invitados llegan como a un combate. Una vez que éstos se hallan cerca de la costa, los anfitriones se zambullen en el mar hasta el pecho y halan las embarcaciones, grandes o pequeñas, hasta tierra firme, lo más rápidamente que pueden; luego se apresuran a hacer salir a los invitados y los cargan , uno a uno, sobre sus espaldas hasta el lugar donde se celebra la fiesta; allí los hacen sentarse en sus sitios y todos guardan silencio mientras no hayan terminado

* Túnica larga con el cuello levantado.



Foto © APN, Moscú

Frontis de una edición rusa del relato de viajes de Grigori Shelijov, publicado en San Petersburgo (Leningrado) en 1793.

Peregrinaciones del mercader ruso Grigori Shelijov de Ojotsk a las costas de América por el Océano Oriental (1791)

de comer y beber hasta saciarse. La primera muestra de atención, y la que más se agradece, consiste en ofrecer agua fría, y sólo después los jóvenes proceden a distribuir los platos, la grasa, una mixtura de sebos revueltos, foca, ballena y león marino. Hay también bayas y, sobre todo, diversos tipos de arándano y frambuesa polar, a los que añaden distintas raíces... Las bayas no se mezclan. Sirven también pescado seco, llamado *pokola*, y carne de diversos animales y aves, según lo que se tenga. No conocen la sal. Antes de que los invitados empiecen a comer, el dueño de la casa debe probar cada plato y cada bebida, pues al parecer puede ocurrir que algo esté envenenado. Tras catar de cada plato el dueño de la casa lo pasa al primero de los invitados que, después de servirse, se lo pasa a su vez al vecino, siguiendo el orden, hasta llegar al último. Toda la comida que queda se devuelve al primero, que la reserva para que, en el momento de partir, los invitados se la lleven. □

El correo nadador

por Alexander von Humboldt

Cuando en 1799, a los treinta años de edad, Alexander von Humboldt se embarca rumbo a América del Sur junto con su amigo Bonpland, sus conocimientos son ya extensísimos: botánica, química, mineralogía, galvanismo... Naturalista, viajero, geógrafo y geólogo, historiador y hombre político, este barón prusiano (1769-1859) es el prototipo del sabio completo. De él se puede decir que es, después de Cristóbal Colón, el segundo descubridor de América. Entre otras cosas, va a fundar la antropología, la etnología y la arqueología americanas gracias a la descripción objetiva que hace de los indios. En 1802 llega al Perú. Después de trazar el plano completo de los volcanes de la región de Quito, de realizar la ascensión del Chimborazo casi hasta la cima (6.272 metros), de describir los vestigios del imperio incaico por el que atravesó y de llevar a cabo un breve viaje por la región amazónica —durante la cual debió de conocer al correo nadador—, Humboldt alcanza la costa del Pacífico, donde descubre la célebre corriente marina fría que lleva su nombre.



Foto © Jean-Loup Charmet, París

Alexander von Humboldt, junto a su amigo y compañero de viaje el naturalista francés Aimé Bonpland (1773-1858), observa en 1799 una gran lluvia de estrellas fugaces en la costa de América del Sur.

LOS habitantes utilizan de manera muy singular el curso inferior del río Guancabamba, en el lugar donde presenta gran número de saltos de agua, para poner en comunicación la comarca con las costas del mar del Sur. Para transportar las pocas cartas que desde Trujillo pueden enviarse a la provincia de Jaén de Bracamoros se recurre a un mensajero nadador. En dos días tan singular correo, generalmente un indio joven, va nadando desde Pomahuaca hasta Tomependa, descendiendo primero el río Chamaya, nombre que se da al río Guancabamba en su parte inferior, y a continuación el río de las Amazonas. Para ello envuelve con sumo cuidado las cartas que lleva en un gran paño de algodón que enrolla como un turbante en torno a su cabeza. Cuando llega a los saltos de agua se sale del río para volver a entrar en él más abajo, atravesando los bosques que sombrean la orilla. Para poder nadar tan largo tiempo sin agotar sus fuerzas el correo suele rodear con uno de sus brazos un trozo de madera ligera (ceiba, palo de balsa), de la familia de las bombáceas. También nada en ocasiones en compañía de uno de sus amigos. Ni uno ni otro tienen que preocuparse por su sustento, pues están seguros de que se les dispensará una hospitalaria acogida en las cabañas dispersas por las hermosas huertas de Pucara o de Cavico, rodeadas de árboles frutales en profusión.

Por fortuna, el río Chamaya no está infestado de cocodrilos. Ni siquiera en el Marañón remontan el río esos terribles animales más allá de la catarata de Mayasi; debido a su indolencia suelen preferir aguas más tranquilas. He podido constatar que el río Chamaya, a partir del vado o paso de Pucara hasta su desembocadura en el río de las Amazonas, por debajo de la aldea de Choros, es decir en una longitud que no supera las 22 leguas, tiene una pendiente de 542 metros. El gobernador de la provincia de Jaén de Bracamoros me ha asegurado que las cartas que de tan singular manera se transportan rara vez se mojan o se pierden. Yo mismo, poco después de mi vuelta de México, recibí una carta de Tomependa que había seguido esa ruta. Entre muchas de las razas indias que habitan en las orillas del Marañón es usual viajar de idéntica manera, descendiendo el río en grupo. Y tuve ocasión de ver en el río treinta o cuarenta cabezas reunidas de hombres, mujeres y niños, de la tribu de los Jíbaros, en el momento en que llegaban a Tomependa. El *correo nadador* vuelve a pie por el difícil camino del páramo del Paredón. □

Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente

Viajeros y comerciantes

No hay comercio sin viaje ni viaje sin comercio. Ya en la prehistoria se inicia la circulación de hombres y de mercaderías, con esos grandes itinerarios que a lo largo de los siglos se irán poco a poco convirtiendo en los ejes fundamentales de la propagación de las culturas y de los modos de vida (ver *El Correo de la Unesco* sobre "Las rutas comerciales", junio de 1984). Y no es raro que los mercaderes que parten a la aventura hacia remotas tierras tengan que afrontar peligros insospechados.

El viajero perdido

por Atanasio Nikitin

Mercader ruso de la ciudad de Tver (hoy Kalinin), Atanasio Nikitin estuvo viajando desde 1466 hasta 1472, año en que murió cerca de Smolensko. Tras comerciar con los países turcos de orillas del Caspio y atravesar Irán, vivió durante cerca de tres años en la India. Nikitin nos ha dejado un breve relato de su viaje, en el que habla sobre todo de sus idas y venidas por el reino badmánida de Deccan (vivió sobre todo en la ciudad de Bidar) y en el que mezcla paisajes, observaciones e indicaciones prácticas sobre mercancías, precios e itinerarios. Pero su libro es también una meditación sobre la soledad. En efecto, Nikitin iba a encontrarse en un trance insospechado: tras vivir tan largo tiempo en la India musulmana e hindú, el mercader cristiano se siente invadido por el angustioso sentimiento de estar perdiendo su identidad.

PROTEGEN de noche la ciudad de Bidar mil hombres bajo las órdenes del comandante de la plaza. Montados a caballo y vestidos con armadura, tienen todos una antorcha en la mano.

Mi semental lo vendí en Bidar; me había costado sesenta y ocho *futun* y lo había alimentado durante un año.

En Bidar se ven rampando por las calles serpientes de dos toesas de largo.

Había llegado a Bidar, desde Kodangal, para el ayuno de la fiesta de San Felipe, y vendí mi semental en Navidad. Me quedé en Bidar hasta el gran ayuno de la Cuaresma. Allí trabé conocimiento con numerosos indios a quienes informé de mi religión: no era musulmán sino "Isa-dim", cristiano, y de que mi nombre era Atanasio, pero que mi nombre musulmán era Joxa Yusuf Jorasani. No se ocultaban para nada de mí, ni para comer ni para hacer sus tratos comerciales ni para su *mana* ni para ninguna otra cosa, lo mismo que no me ocultaban a sus mujeres.

Les pregunté acerca de su religión y me decían: creemos en Adán; por lo que cuentan, los *But* son Adán y toda su descendencia. En total hay en la India ochenta y cuatro religiones y todas creen en los *But*.

En mayo celebré la Pascua en la ciudad musulmana de Bidar, en el Hindostán. Por su parte, los musulmanes festejaron el Baghram un miércoles de mayo. Yo inicié el ayuno el primer día del mes de abril. ¡Oh cristianos fieles!, el que mucho viaja por numerosos países muchos pecados comete y su fe cristiana pierde. Y yo, pobre esclavo de Dios, Atanasio, me he afligido grandemente por mi religión. Ya han pasado cuatro Cuaresmas y cuatro Pascuas y yo, pecador, no conozco ni Pascua ni cuándo es la Cuaresma ni cuándo Navidad ni cuándo las demás fiestas; no conozco ni miércoles ni viernes. No tengo libro; me quitaron todos cuando me robaron. A causa de todas esos infortunios fui hasta la India, porque no tenía nada para volver a Rusia, ni una sola mercadería me quedaba. El primer año festejé la Pascua en Nain, el segundo en Chapakur, en el Mazanderan, el tercero en Ormuz y el cuarto en Bidar, en la India, entre los musulmanes. Y he llorado mucho por mi fe, la fe cristiana.

El musulmán Malik me ha acuciado insistentemente para que me convierta a la fe musulmana. Y yo le he dicho: "Señor, tu *namâz qilar-sän, män dä namâz qilar-män; bes namâz qilar-siz, män dä 3 qilar-män; män gharîb e sän în-jay* (tú oras y yo también oro, tú recitas cinco oraciones, yo recito tres, yo soy extranjero, tú estás aquí en tu país)." Y él me ha dicho: "En verdad, pretendes que no eres musulmán, pero la religión cristiana ni la conoces." Me he puesto entonces a meditar intensamente y me he dicho: "¡Desgraciado de mí, maldito, que me he extraviado lejos del camino de la verdad y que ya no conozco el camino de ella! ¡He aquí que debo marchar solo! Mi Señor Dios, dueño de todas las cosas, creador del cielo y de la tierra, no apartes tu rostro de tu esclavo porque estoy muy cerca de la desgracia. Señor, mírame, ten piedad de mí que soy tu criatura; no me apartes del camino de la verdad, ponme, Señor, en tu justo camino puesto que nada he hecho que pueda agradarte en este infortunio, oh Señor, puesto que he vivido todos mis días en el mal. *Allâh perverdigâr Allâh kerîm, Allâh rahîm Allâh kerîm Allâh rahîm Allâh 'alîm al 'ulamâ* (Dios protector, Dios generoso, Dios misericordioso, Dios sabio entre los sabios). He pasado cuatro Pascuas en tierra musulmana y no he renegado de la fe cristiana. Lo que haya de venir Dios sólo lo sabe. Mi Señor Dios, en tí pongo mi esperanza. Sálvame, mi Señor Dios." □



Foto © APN, Moscú

Una escena de Viaje más allá de los tres mares *(1958), película soviético-india de Vasili Pronin y Arhimat Abhat que se inspira en el relato de viaje de Atanasio Nikitin. Interpreta el papel del célebre mercader y viajero ruso del siglo XV el actor Oleg Strizhenov.*

Viaje más allá de los tres mares



Foto © Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid

El entierro de la sardina, *cuadro de hacia 1810 del gran pintor español Francisco de Goya (1746-1828). Esta escena de carnaval es una de las más expresivas entre las innumerables que nos ha dejado de la vida popular española. Con tipos semejantes a los retratados por Goya debió de tratar, pocos años después, George Borrow, "Don Jorgito el Inglés" como le llamaban sus amigos españoles.*

La lección de caló

por George Borrow

Atleta de 1,88 metros de estatura, aunque su cabellera fuera blanca, experto en el lanzamiento del cuchillo y en caballos, amigo de los gitanos cuya lengua habla corrientemente y a los que dedicará un hermoso y clásico libro, el inglés George Borrow (1803-1881) tiene más rasgos de personaje novelesco que de viajante de comercio. Tras una misión en Rusia, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera le encargó de distribuir la Biblia en la Península Ibérica. De su viaje "evangélico" escribió un extenso relato, **The Bible in Spain** ***(La Biblia en España), publicado en 1842, que es un libro de aventuras humorísticas; dramáticas o trágicas y uno de los mejores retratos que se hayan hecho de la sociedad española en la primera mitad del siglo XIX. La obra tuvo un éxito fulgurante desde su aparición. Y en España es un clásico desde que la tradujo, admirablemente, el gran escritor y político Manuel Azaña, a principios de siglo. La escena siguiente transcurre en Madrid.***

Apropósito de picadores: un día, poco después de mi llegada a Madrid, estuve un par de horas callejeando, en viaje de exploración, por un barrio famoso a causa de los robos y muertes que en él se cometían y, al sentirme cansado, entré en un tabernucho a refrigerarme. Había muchos parroquianos, muchos con caras de bandidos; a mi saludo contestaron quitándose los *sombreros*[1] con mucha ceremonia y abriéndome calle hasta el mostrador. Vacié un vaso de *valdepeñas* y ya iba a pagar y marcharme cuando un individuo de horrible catadura, vestido con un coleto de ante fuerte, zajones y botas de montar que le pasaban de las rodillas y tocado con un sombrero claro, cuyas alas tenían lo menos vara y media de circunferencia, se abrió paso entre la gente y, encarándose conmigo, dijo con voz de trueno:

—*¡Otra copita! ¡Vamos, inglesito, otra copita!*

—Gracias, mi buen señor; es usted muy amable. Parece que me conoce usted; pero yo no tengo el honor de conocerle.

—¿No me conoce? —replicó el tal—. ¡Soy Sevilla, el *torero*! Yo le conozco a usted mucho; usted es amigo de Baltasarito, el nacional, que es amigo mío y muy buena persona.

Volviéndose entonces a la compañía, dijo con voz sonora, arrastrando la última sílaba de cada palabra, según costumbre de la *gente rufianesca* en toda España:

—Caballeros valientes: Este caballero es amigo de un amigo mío. Es *mucho hombre*. No hay en España quien le iguale.Aunque es *inglesito*, habla *gitano* cerrado.

—No lo creemos —replicaron varias voces graves—. No es posible.

—¿Decís que no es posible? Pues yo os digo que sí. Ven acá, Balseiro; tú, que te has pasado la vida en presidio y te estás alabando siempre de hablar el *gitano* cerrado, aunque no sabes palabra, ven acá y habla con su merced en *gitano* cerrado.

Un hombre pequeño, enclenque, pero vivaracho, se adelantó. Iba en mangas de camisa y llevaba una montera; era guapo, pero con cara de demonio.

Habló unas pocas palabras en la corrompida jerga gitana de las cárceles, preguntándome si había estado alguna vez en el calabozo y si sabía lo que era una *gitana*[2].

—Vamos, *inglesito* —gritó Sevilla con voz tonante—, respóndele al *monró*[3] en *gitano* cerrado.

Contesté al ladrón, porque lo era en efecto, y de los que han dejado nombre duradero en la historia de la picardía madrileña; le contesté con alguna extensión en el dialecto de los gitanos extremeños.

—Creo que es *gitano* cerrado —musitó Balseiro— o, si no, será inglés, porque no entiendo ni una palabra.

—¿No te decía yo —exclamó el picador— que no sabes ni palabra del gitano cerrado? Pero el *inglesito* sí lo sabe, y yo entiendo todo lo que dice; *vaya*, no hay nadie como él para el *gitano* cerrado. Además, es muy buen *jinete*; después de mí, no hay quien le iguale; sólo él sabe montar con las aciones de los estribos muy cortas. *Inglesito*, si necesitas dinero, dispón de mi bolsillo; todo cuanto tengo está a tu servicio y no creas que es poco; acabo de ganar cuatro mil *chulés* (duros) a la lotería. Animo, inglés, otra copa; yo lo pago todo; yo, Sevilla.

Y se golpeaba una y otra vez el pecho con la mano, mientras repetía: "¡Yo, Sevilla! ¡Yo...!" □

[1]Las palabras o frases en cursiva aparecen en español en el original inglés.NDLR
[2]Doce onzas de pan, o libra corta, ración de la cárcel (Nota de Borrow)
[3]Amigo en caló. Nota del traductor

De *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península.* Introducción, notas y traducción de Manuel Azaña, Alianza Editorial, Madrid, 1970

Encuentro con el Otro

Con la selección de textos que forman esta sección se intenta poner de relieve, más que el choque destructor entre civilizaciones, la reciprocidad del descubrimiento y el encuentro entre culturas y pueblos, libremente consentido o impuesto por la fuerza. Tres experiencias singulares, tres encuentros sobrevenidos en momentos clave de la historia de las relaciones entre los pueblos, nos brindan aquí una exaltación, incluso una nostalgia, de la diferencia.

Cómo me convertí en Gustavus Vasa

por Olaudah Equiano

A la edad de diez años Olaudah Equiano, nacido en 1745 en una aldea situada en el territorio actual de Nigeria, es capturado y vendido como esclavo a un plantador de las Antillas. Después trabaja en barcos negreros que hacen la travesía del Atlántico. A los diecinueve años logra comprar su libertad con el dinero que ha ahorrado. Ya libre, navega ejerciendo diversos oficios, en particular el de intendente. Visita así el Mediterráneo y en 1773 participa en el viaje de exploración de Phipps por el Artico. Equiano fue un ardiente y activo partidario del movimiento antiesclavista y al final de su vida llegó a ser jefe de los almacenes de víveres destinados a los esclavos libertos que llegaban a Sierra Leona. El relato de su vida, que publicó en 1789, tuvo un gran éxito, apareciendo entre 1789 y 1827 doce ediciones del libro en Inglaterra y Estados Unidos.

ALGUNOS de los tripulantes del barco solían decirme que me iban a llevar de vuelta a mi país, lo que me ponía muy contento. Me causaba gran alegría la idea de regresar y pensaba en las maravillas que podría contar en mi casa al volver. Pero era otro el destino que se me reservaba y pronto salí de mi engaño cuando llegamos a la costa inglesa. A bordo del barco mi capitán y amo me bautizó con el nombre de *Gustavus Vasa*. Cuando empecé a entender algo de sus palabras me negué a ser llamado así y le dije lo mejor que pude que mi nombre era Jacob; él declaró que no y siguió llamándome Gustavus; cuando me negué a responder a mi nuevo nombre, cosa que hice en un principio, recibí más de una bofetada; a la larga terminé por ceder y me vi obligado a llevar ese nombre, por el cual se me conoce desde entonces. Como el barco tenía que realizar un largo viaje la cuota de provisiones que se nos asignaba era muy escasa. Hacia el final sólo recibíamos una libra y media de pan por semana y aproximadamente la misma cantidad de carne, y un cuarto de galón de agua al día. Sólo tuvimos contacto con un navío durante toda nuestra travesía y una vez solamente capturamos unos pocos peces. En momentos de necesidad extrema el capitán y la tripulación me dijeron en broma que me matarían y me comerían, pero yo me tomé en serio su afirmación, que me angustió sobremanera, esperando que a cada momento llegara mi última hora. Me encontraba en este trance cuando una tarde capturaron, con grandes dificultades, un enorme tiburón, y lo subieron a bordo. Experimenté un gran alivio pues pensé que serviría de alimento a la tripulación y que así no necesitarían comerme; sin embargo, pronto observé con extrañeza que sólo cortaban un pequeño trozo de la cola y que tiraban el resto por la borda. Volvió mi desesperación y no sabía qué pensar de esos blancos, aunque mucho me temía que me mataran y me comieran. Había a bordo un muchacho que nunca había navegado anteriormente, unos cuatro o cinco años mayor que yo; su nombre era Richard Baker. Oriundo de América, había recibido una excelente educación y tenía muy buen carácter. Tan pronto como llegué al barco me demostró una viva simpatía y fue muy atento conmigo, y yo, por mi parte, le tomé gran afecto. Terminamos por ser inseparables y a lo largo de dos años me ayudó mucho y fue constantemente mi compañero y mi maestro. Aunque mi joven amigo era dueño de numerosos esclavos, él y yo compartimos a bordo terribles sufrimientos y pasamos muchas noches abrazados cuando era muy grande nuestra desesperación. Se consolidó entre nosotros una amistad que persistió hasta su muerte, ocurrida en 1759, cuando se encontraba en el Archipiélago a bordo del *Preston*, navío de Su Majestad, y de la que nunca me he consolado pues perdí a la vez un bondadoso intérprete, un agradable compañero y un fiel amigo que, a los quince años de edad, demostró un criterio que iba más allá de los prejuicios y que no se avergonzaba de la compañía y de ser el amigo y el maestro de un ignorante, un extranjero, una persona de piel diferente y un esclavo como yo. □

Equiano's Travels (Los viajes de Equiano), edición de Paul Edwards, Londres e Ibadán, 1967



Olaudah Equiano: frontis que adorna la edición original de su autobiografía publicada en inglés en 1789 con el título de La interesante historia de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vasa el Africano, escrita por él mismo.

Foto © Heinemann, Londres e Ibadán

Larga nariz, piel blanca y boca de miel

por Mungo Park

En 1795 un joven escocés de nombre Mungo Park recibe de la "African Association" de Londres el encargo de realizar un viaje de prospección por el interior de Africa. A medida que penetra en el continente, Park va descubriendo un Africa industriosa, comerciante y soberana formada por innumerables estados. Todo lo que va viendo mientras remonta el río Gambia nunca más podrá verlo otro hombre. El relato que hizo de su viaje es a la vez un documento único sobre los inicios de la explotación esclavista mercantil de Africa por Occidente y un tesoro etnográfico insustituible. Escrito sin miramiento alguno y sin complacerse en el exotismo, su libro es una sucesión de encuentros con seres humanos de un viajero que es ante todo otro ser humano.

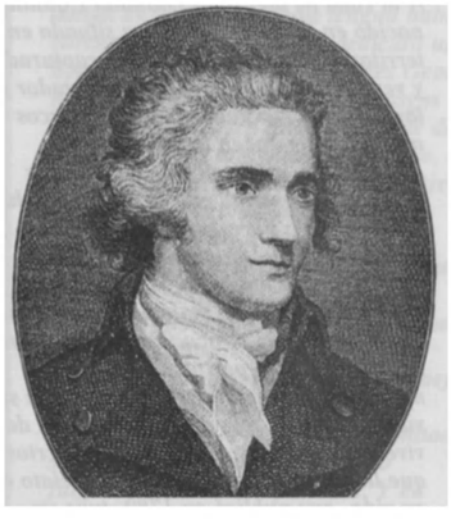


Foto © H. Roger Viollet, París

Retrato de Mungo Park (1771-1805). El relato de sus viajes apareció en 1798 con el título de Viaje al interior de Africa realizado en 1795, 1796 y 1797 por el Sr. Mungo Park, enviado por la Sociedad de Africa establecida en Londres.

CUANDO llegamos a la entrada de la corte donde reside el rey, mi guía y mi intérprete, de acuerdo con la costumbre, se quitaron sus sandalias; y el primero pronunció en voz alta el nombre del rey, repitiéndolo hasta que le respondieron desde dentro. Encontramos al monarca sentado en una estera y acompañado por dos asistentes. Le repetí lo que ya le había dicho en relación con el objeto de mi viaje y las razones que tenía para atravesar su país. Pero él sólo parecía satisfecho a medias. La idea de viajar por pura curiosidad era totalmente nueva para él. Creía imposible, me dijo, que un hombre dotado de sentido común emprendiera tan peligroso viaje simplemente por tener una visión del país y de sus habitantes; sin embargo, cuando le propuse mostrarle el contenido de mi portamantas y todo cuanto me pertenecía, quedó convencido. Era evidente que sus sospechas provenían de la creencia de que todo hombre blanco es forzosamente comerciante.

Cuando le hice entrega de mis regalos, pareció encantado; lo que más le gustó fue la sombrilla, que abrió y cerró repetidas veces, con gran admiración suya y de sus dos asistentes, que tardaron algunos instantes en comprender para qué servía tan maravillosa máquina. Tras lo cual, me disponía a despedirme del rey cuando éste, deseando que me quedara aun un rato, inició un largo discurso en favor de los blancos, elogiando sus inmensas riquezas y su generosidad. A continuación hizo el elogio de mi chaqueta azul, cuyos botones amarillos parecían despertar particularmente su admiración; y concluyó por pedirme que se la regalara, asegurándome, para que me consolara de su pérdida, que se la pondría en todos los actos públicos y que informaría a cuantos la vieran de mi extremada liberalidad para con él.

La petición de un príncipe africano que está en sus propios dominios apenas difiere de una orden, sobre todo si se dirige a un extranjero. Es sólo una forma de obtener por las buenas lo que, si lo desea, puede lograr por las malas; y como en modo alguno me convenía ofenderle con una negativa, me quité tranquilamente la chaqueta, la única buena que poseía, y la puse a sus pies.

En recompensa por mi amabilidad, me hizo entrega de gran cantidad de provisiones y expresó el deseo de verme de nuevo a la mañana siguiente. Acudí pues según lo convenido y le encontré sentado en su lecho. Me dijo que estaba enfermo y que deseaba que le sacara un poco de sangre; pero, apenas había yo atado su brazo y sacado la lanceta, le abandonó el valor y me pidió que aplazara la operación hasta la tarde, ya que, me dijo, se sentía mucho mejor que antes, y me dio amablemente las gracias por la prontitud con que me había aprestado a servirle. Añadió que sus mujeres tenían grandes deseos de verme y me pidió que les hiciera el favor de visitarlas. (...) Sus mujeres eran entre diez y doce, la mayoría de ellas jóvenes y hermosas y con la cabeza cubierta de adornos de oro y cuentas de ámbar.

Alegremente bromearon conmigo sobre varias cuestiones, particularmente en punto a la blancura de mi piel y a la prominencia de mi nariz, insistiendo en que ambas eran artificiales. Según ellas, la primera se debía a que cuando yo era niño me habían sumergido en leche y, en cuanto a la segunda, habían alargado mi nariz tirándome de ella todos los días hasta adquirir su actual conformación, tan insólita y antinatural.

Por mi parte, aun sin discutir tal deformidad, les hice un gran elogio de la belleza africana. Ensalcé el brillante color negro de su tez y el encantador achatamiento de su nariz; pero ellas replicaron que en Bondu se tenía en poco aprecio la adulación o, como ellas decían con énfasis, la "boca de miel". Como

Sigue en la página 23

Páginas de color

Página 19

La catedral de México, *iluminación del* Tarij-i Yeni Dunya *(Historia del Nuevo Mundo) del iraní Ali Chelebi (segunda mitad del siglo XVII). En esta abigarrada imagen se mezclan, con original exotismo, rasgos de Oriente y de Occidente. A la izquierda del árbol, seguramente un guayabo, se levanta una iglesia de techo en forma de pirámide azteca. El patriarca de barba blanca que aparece en el interior tiene el cuerpo ceñido por una cinta de meditación, indumentaria propia de la India. A la derecha, el hombre en oración que es llevado por dos personajes en traje mogol recuerda las estatuas de santos de las procesiones católicas. En cuanto al grupo de personajes de arriba, vestidos en parte a la europea, parecen ser conquistadores españoles.*

Foto © Chester Beatty, Dublin

Páginas 20 y 21

En el sentido de las manecillas del reloj: 1) Dos oficiales de la expedición del navegante francés La Pérouse (1741-1788), miden las estatuas gigantes de la isla de Pascua (Chile) el 9 de abril de 1786. Grabado de hacia 1820 según un dibujo de Duché de Vancy. 2) Calle de Guang Zhou (Cantón), ciudad de la China meridional. Acuarela (1863) del pintor alemán Eduard Hildebrant (1818-1869). 3) Mapa del Kitāb nuzhat al-mushtāq fī jtirāq al-āfāq *(Libro de la diversión del que desea recorrer el mundo) del gran geógrafo hispanoárabe El Idrisí (1100-h. 1165). Manuscrito magrebí del siglo XIII. Esta obra describe el globo terrestre en su totalidad y su distribución en siete "climas". El mapa que aquí vemos representa la sexta parte del cuarto clima.Según el viejo uso árabe, el sur está situado arriba. En la parte inferior de la página derecha, el Tigris con sus ramificaciones. En el ángulo inferior izquierdo de la página izquierda, una parte del mar Caspio. 4) Pintura mural realizada en 1986 en Jacmel (Haití) que conmemora la llegada de Cristóbal Colón a América. 5)Caravana en los arenales de Malí.*

1) Foto © M. Rojas Mix, París. 2) Foto © Jean-Loup Charmet, París, Biblioteca de Artes Decorativas, París. 3) Foto © Biblioteca Nacional, París. 4) Foto © Roger Buxin, París. 5) Foto M. Huet © Hoa-Qui, París

Página 22

Arriba: *Fotografía de Saturno y de sus anillos tomada por la sonda norteamericana* Voyager 1 *desde una distancia de 13 millones de kilómetros el 3 de noviembre de 1980. Pueden verse dos satélites del planeta: Tetis (abajo) y Dioné.* **Abajo:** Paisaje exótico *(1908) del pintor francés Henri Rousseau, llamado el Aduanero Rousseau (1844-1910), paisaje de jungla en que la imaginación transforma la naturaleza.*

Foto © Colección PPN/NASA

Foto © Artephot/Lavaud






228
المشرق




الجزء السادس من الاقليم الرابع
بغداد
المغرب
الموصل


HOMMAGE
•A•
C.COLOMB
5.DC
1492







Viene de la página 18

recompensa por mi compañía o por mis cumplidos (a los que, dicho sea de paso, no eran tan insensibles como fingían ser), me regalaron un jarro de miel y algún pescado, que enviaron a mi vivienda. Al mismo tiempo se me pidió que fuera a ver de nuevo al rey poco después de la puesta del sol.

Al ir a verle, llevé conmigo algunas cuentas de collar y papel de escribir, dada la costumbre de hacer algunos pequeños regalos en el momento de despedirse. Por su parte, el rey me dio cinco dracmas de oro, indicando que era sólo una fruslería ofrecida en señal de pura amistad pero que me sería útil para comprar provisiones durante mi viaje. A esta muestra de amabilidad añadió otra aun más importante, diciéndome cortésmente que, aunque la costumbre era registrar el equipaje de todos los viajeros que pasaban por su país, me dispensaba de tal ceremonia, añadiendo que era libre de marcharme cuando gustase. □

Travels in the Interior of Africa (Viajes al interior de Africa), 1799

El regreso a las fuentes

por Victor Segalen

En 1903 y 1904 el escritor francés Victor Segalen (1878-1919), destinado como médico en el navío* La Durance, *con base en Tahití, recorre Polinesia. Inmediatamente se da cuenta del drama que están viviendo aquellas islas: la lenta desaparición de la civilización maorí tradicional. En vista de ello se afana por recoger los últimos testimonios de esta civilización y escribe su obra maestra,* Les Immémoriaux *(Los inmemoriales), que aparece en 1907 con el seudónimo de Max Anély. Su viaje le sugiere asimismo la idea de un "ensayo sobre el exotismo" que significativamente tituló "Una estética de lo diverso". Indignado por el drama de una etnia a la que se está privando de sus mitos y de su lengua, Segalen observa el mortífero desarraigo interior que puede provocar el choque de dos civilizaciones.

LA relatividad de la sensación de *exotismo* ha quedado más que demostrada. Es solamente alejarse en el espacio, la lontananza o, mejor, la abolición de la lontananza, la sorpresa de los primeros instantes. Ahora heme aquí viviendo, con toda naturalidad, en "países encantadores", familiarizándome, sin curiosidad, con costumbres que se repiten ... y de pronto es el regreso hacia la vieja Europa, que se me antoja un espejismo ...

Ayer por la mañana, por el sendero que contornea exactamente la isla, he peregrinado en un carricoche americano tirado por un animal bastante díscolo. El Morne como eje. El arrecife incesante... El mar apacible... El murmullo de las hojas secas que los cangrejos de tierra halan penosamente hasta su agujero. He aquí Faa-Nui, el gran valle, nombre hierático de la propia Bora-Bora.

Hacia el atardecer suena el tambor, la llamada obligada a la *Upa-Upa*, pero no hay eco. Pasan parejas taciturnas. A lo sumo, cuatro bailarines y, entre ellos, la silueta elegante de Terii Farani. Cae la noche. El tambor enloquece, llevado por un viejo ciego para el que es el único gozo.

Y todo en él es ritmo. Sus hombros vibran y dibujan con precisión la danza. Lanza crescendos emocionados. Incita al baile. Las parejas tristes, indiferentes, miran. Sin convicción, se forma la ronda. Allí Terii Farani, en *tapa* blanca, coronada de grandes flores blancas, la nariz ligeramente aguileña, de curva orgullosa, los ojos palpitantes, la boca fina y bella y con el hermoso talle arqueado, se decide a dar el ejemplo. Los pies marcan, con vivacidad, pasos muy pequeños. Las caderas se mecen bajo el torso inmutablemente inmóvil. Los brazos ondulan, se balancean; las manos, a veces, vibran. Antes de embriagarse —pues nosotros mismos, dentro de un rato, le brindaremos ampliamente posibilidad de ello— esta mujer es realmente bella. Luego, enlazada por un *tane*, su mano sobre el ancho hombro, la otra unida a la del hombre de la misma especie, en la posición exacta de nuestro vals europeo, simula nuestros bailecitos menudos, nuestras frágiles polcas de porcelana, insuflándoles sus bellos gestos, sus bellas líneas y toda la "gracia grandiosa" de su raza.

¡Y pienso qué terriblemente ridículas serían las poses de una francesa que, intuitivamente, sin práctica, quisiera imitar siquiera un solo paso indígena! Esta mujer es simplemente bella.

Las pocas luces se apagan y el viejo tambor se fatiga. La vasta pradera bordeada de hierbas se ensombrece y desaparecen en la noche el *fare-himene*, el *fare-puera* y la escuela, tres edificios de los cuales dos, los últimos, han herido de muerte al lugar. Todos contribuimos generosamente al retraso de la civilización, y de buena gana. En violación de las órdenes administrativas y moralizadoras, han aparecido algunos galones de ron vigoroso y vino en abundancia. Nos encerramos, y damos de beber a los bailarines y a la orquesta. Y estas mujeres de líneas arrogantes se embriagan como cumpliendo un deber, puntualmente, tragándose de un golpe el vaso tendido, para que sus ojos se pongan en blanco y sus labios se ensanchen ... Allí está el mozalbete Tanahoa, buen muchacho, que reclama "perfumes" y ofrece a cambio a su parienta, y Atu, la parienta en cuestión, alta, dulce, con buenos ojos buenos; e Hina (la Lunar), un poco pelirroja y más salvaje, y luego Rereao, más delgaducha y vivaz; y, por último, Terii Farani, que complica sus danzas con pasos nuevos, dictados por el alcohol, que conserva, sin embargo, su bella línea y que, sobre todo, tiene la discreción de desaparecer antes de desplomarse inevitablemente ...

El maestro íntegro, hombre de costumbres puritanas y piadosas, que canta en el templo, no debe poder conciliar el sueño, en su cercano *fare*... □

Journal des îles (Diario de las islas), Papeete (Tahití), 1978



Foto © A. Joly-Segalen, París

Página del diario de Victor Segalen (1878-1919) con un dibujo de su mano realizado el 1º de enero de 1904 en Mangareva, la isla principal del archipiélago de las Gambier (Polinesia francesa).

Peregrinos y misioneros

El peregrino es una figura universal. Entre el siglo IV y el XI, hubo peregrinos budistas chinos que viajaron a menudo a la India por vía terrestre o marítima; varios de ellos dejaron relatos apasionantes de su "viaje a Occidente". A partir del siglo XVI, numerosos misioneros —figura típicamente occidental— partieron de Europa para explorar el Lejano Oriente, en busca de nuevas almas por conquistar. Algunos fueron viajeros extraordinarios.

Sabio entre los sabios

por Xuan Zang

El más célebre de los peregrinos chinos a la India es un monje budista con un inmenso saber religioso, Xuan Zang (602-664). Inquieto por los errores que advierte en las versiones chinas de los libros canónicos, decide dirigirse a la India para recoger una cantidad apreciable de textos originales. Su estancia dura unos diez años. Trae de la India más de 600 obras, reliquias y recuerdos. El resto de su vida lo dedica a hacer traducciones de textos y a la enseñanza. Sus célebres* Ta-T'ang Hsi-yu-chi *(Memorias sobre las comarcas occidentales) sirvieron de inspiración en el siglo XVI a una obra maestra, el* Xiyouji *(El viaje a Occidente).



Dibujo de Zeng Zhao'an y Liu Jikun © Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín

Ilustración de un libro chino para niños, Sun Wukong convertido al budismo *(1984), en el que se relatan episodios del* Xiyouji *("El mono peregrino" o "El viaje a Occidente"), extensa novela china atribuida a Wu Cheng'en (1506-h.1582) e inspirada en el viaje a la India de Xuan Zang. El Rey de los Monos, Sun Wukong, protege aquí a Xuan Zang, a caballo, atacado por un tigre.*

KARNASUVARNA tenía un perímetro de 4.400 a 4.500 *li* y el de su capital era superior a 21 *li*. Se trataba de un estado próspero y densamente poblado. Su territorio era llano y húmedo y las actividades agrícolas se realizaban regularmente de acuerdo con las estaciones. En todas partes se veían flores lozanas y árboles cargados de frutos exquisitos. El clima era templado y la población tenía un carácter afable. Se estimulaba el aprendizaje y sus habitantes profesaban tanto el budismo como otras religiones. Existían más de 10 monasterios budistas y más de 2.000 monjes, todos los cuales eran adherentes a la Escuela Sammatiya. Había también 50 templos Deva y los adeptos a las diversas religiones eran muy numerosos. Existían otros tres monasterios budistas donde los monjes prescindían de tomar productos lácteos de acuerdo con las enseñanzas de Devadatta.

Cerca de la capital se erguía el Monasterio de Luoduoweizhi (o Monasterio del Barro Rojo en el lenguaje de la dinastía Tang). Con aposentos y patios espaciosos y pabellones y plataformas elevados, era un edificio magnífico y prestigioso, punto de reunión de ilustres monjes y eruditos de todo el país. Allí se encontraban para intercambiar ideas y analizar teorías y filosofías.

En un principio nadie en el estado profesaba el budismo. Una vez, un adepto de otra religión del sur de la India deambulaba por la capital con un bastón en la mano, con una banda de cobre que le envolvía el vientre y llevando una lámpara sobre la cabeza. Alguien le preguntó: "¿Por qué te colocas algo tan extraño en torno al vientre y sobre tu cabeza?" El hombre respondió: "Es tanto mi saber que mi estómago estallaría si no lo protegiera con la banda de cobre y compadezco a estas masas estúpidas e ignorantes, por lo que llevo una lámpara en mi cabeza para iluminarlas". Tocaba un tambor y desafiaba a todos a sostener un debate con él. Transcurrieron diez días y nadie se atrevió a formularle ninguna pregunta. Aun después de buscar entre todas las elites del país fue imposible encontrar una sola persona que fuera capaz de hacerlo. El rey dijo: "¿Cómo es posible que no exista una persona sabia e ilustre en todo el país? Es una vergüenza irritante que cuando un visitante hace una pregunta nadie esté en condiciones de responderle. Intenten nuevamente con los ermitaños." En ese momento alguien se adelantó y dijo al rey: "Hay un forastero en el bosque que se llama a sí mismo Sramana. Ha llevado una vida solitaria durante mucho tiempo y lo único que hace es estudiar. Si no es un erudito y no reúne elevadas condiciones morales, ¿cómo podría comportarse de este modo? Después de oír la historia, el rey se dirigió personalmente al bosque e invitó al forastero a participar en el debate. Sramana manifestó al rey: "Soy del sur de la India y vivo aquí como un huésped. No es mucho lo que sé y es probable que defraude sus esperanzas. Le agradezco su invitación y comprendo que no puedo rechazarla. Si salgo victorioso en el debate, deseo que usted funde un monasterio budista e invite a los monjes a propagar las doctrinas del budismo." El rey respondió: "Te lo prometo y nunca olvidaremos tu bondad." Sramana aceptó la invitación del rey y se dirigió hacia el jactancioso. Este pronunció un discurso de más de 30.000 palabras sobre las doctrinas de su religión. En el discurso, que tenía un sentido profundo y denotaba vastos conocimientos, abordó casi todo cuanto existe bajo el sol, desde las teorías formuladas por hombres eminentes hasta sus experiencias personales. Ahora bien, después de escuchar el discurso una vez solamente, Sramana descubrió todo su significado. Empleó sólo unas cien palabras en su respuesta e interpretación sin cometer ninguna falta y a continuación formuló algunas preguntas difíciles acerca de las doctrinas de su contendor. El bravucón permaneció silencioso al verse derrotado en la discusión. Quedó totalmente desacreditado y se retiró lleno de vergüenza. El rey manifestó el mayor respeto por el talento de Sramana y fundó el Monasterio de Luoduoweizhi para empezar a difundir las doctrinas del budismo. □

Memorias sobre las comarcas occidentales, libro X

La visita al regente

por Régis-Evariste Huc

Misionero lazarista, Régis-Evariste Huc (1814-1860) fue el primer francés que llegó al Tibet en 1846. Con una determinación a toda prueba, capaz de adaptarse a todos los medios por donde pasa y animado por la pasión de descubrir, el padre Huc franqueará todos los obstáculos con que tropieza durante sus viajes por Mongolia, el Tibet y China. El relato de sus experiencias, en que el observador "comprometido" se revela como un explorador y un etnólogo sin igual, se ha convertido hoy día en un libro de referencia. Encargado de evangelizar la "Tartaria" (Mongolia) y comprendiendo que para lograr conversiones es necesario estudiar previamente la religión budista, el misionero llega a Lhasa, ciudad santa y capital del Tibet, después de ocho meses de un largo y peligroso deambular, acompañado de un colega, de un joven lama convertido —Samdadchiemba—, de una camella, de un caballo blanco y de un perro grande llamado Arsalan.

ESTABAMOS a los postres, es decir, enjuagando nuestras escudillas con té con mantequilla, cuando volvieron a aparecer los dos lamas, supuestamente mercaderes. "El regente les espera en su palacio, dijeron, pues quiere hablarles. —¡Bueno! ¿Por casualidad desearía también el regente comprar nuestras viejas sillas de montar? —No se trata de sillas ni de mercaderías ... Levántense pronto y acompáñennos a ver al regente". Nuestra situación no dejaba lugar a dudas. El gobernador quería entablar relación con nosotros, pero ¿para qué? ¿Para nuestro bien o para nuestro mal? ¿Para liberarnos o para encadenarnos? ¿Para dejarnos con vida o para darnos muerte? Es lo que no sabíamos y no podíamos adivinar. "Vamos a ver al regente, dijimos, y por lo demás ¡que se haga la voluntad de Dios!".

Tras engalanarnos con nuestros mejores trajes y calarnos nuestros majestuosos gorros de piel de zorro, propusimos a nuestro lacayo: "Vamos" —¿Y este joven? dijo, señalando con el dedo a Samdadchiemba, que le miraba de arriba abajo de manera bastante descortés. —¿Este joven? Es nuestro criado; se quedará a cuidar la casa durante nuestra ausencia. —No se trata de eso, sino que él también debe venir; el regente quiere verlos a los tres". Como única provisión vestimentaria, Samdadchiemba sacudió su grueso traje de piel de cordero, se caló, de modo sumamente insolente, un gorrito negro sobre sus orejas y partimos todos juntos, después de cerrar con candado la puerta de nuestra morada.

Caminamos a grandes zancadas durante cinco o seis minutos y llegamos al palacio del Excelentísimo Kalon, regente del Tibet. Después de atravesar un gran patio donde estaban reunidos numerosos lamas y chinos, que se pusieron a murmurar apenas nos vieron aparecer, nos detuvimos ante una puerta dorada cuyas hojas estaban entreabiertas; el introductor pasó por un pequeño corredor situado a la izquierda, y en un instante la puerta se abrió. Al fondo de un cuarto decorado con sencillez, percibimos a un personaje sentado con las piernas cruzadas, sobre un almohadón mullido cubierto con una piel de tigre: era el regente. (...)

Tan pronto como estuvimos sentados, el regente se puso a examinarnos largo rato, en silencio y con esmerada atención. Inclinaba su cabeza, una vez a la derecha, otra a la izquierda, y nos sonreía de manera entre burlona y condescendiente. Esta especie de pantomima nos pareció en definitiva tan graciosa que no pudimos evitar la risa. "¡Bueno!, dijimos en francés y bajando la voz, este señor parece bastante bonachón; nada nos ha de pasar. —¡Ah!, dijo el regente con un tono de gran amabilidad, ¿qué lengua hablan ustedes? No he comprendido lo que han dicho. —Hablamos la lengua de nuestro país. —A ver, repitan en voz alta lo que pronunciaron por lo bajo. —Decíamos: este señor parece bastante bonachón. —A ver, ustedes, ¿comprenden esta lengua?", añadió volviéndose hacia los que estaban de pie detrás de él. Todos se inclinaron al mismo tiempo y respondieron que no comprendían. "Han visto, nadie entiende aquí la lengua de su país; traduzcan sus palabras al tibetano. —Decíamos que en la fisionomía del Excelentísimo Kalon había mucha bondad. —¡Ah!, sí, ¿piensan ustedes que tengo bondad? Sin embargo, soy muy malo. ¿No es cierto que soy muy malo?" preguntó a su gente. Estos sonrieron y no contestaron. "Tienen razón ustedes, continuó el regente, soy bueno, porque la bondad es deber para un Kalon. Debo ser bueno, con mi pueblo y también con los extranjeros". Tras lo cual nos dirigió un largo discurso, del que no entendimos gran cosa. Cuando terminó le dijimos que, no estando demasiado habituados a la lengua tibetana, no habíamos desentrañado plenamente el sentido de sus palabras. El regente hizo señas a un chino, que dio un paso adelante y nos tradujo su arenga, la cual se resumía como sigue: Nos había hecho llamar sin la menor intención de importunarnos. En razón de los rumores contradictorios que circulaban sobre nosotros desde nuestra llegada a Lhasa, el regente había decidido interrogarnos personalmente, para saber de dónde procedíamos. "Somos del cielo de Occidente, dijimos al regente. —¿De Calcuta? —No, nuestro país se llama Francia. —¿Ustedes son, sin duda, del *Peling*? —No, somos franceses. —¿Saben escribir? —Mejor que hablar". El regente se volvió, dirigió unas palabras a un lama que desapareció y regresó en un instante con papel, tinta y un punzón de bambú. "Aquí tienen papel, nos dijo el regente; escriban algo. —¿En qué lengua? ¿En tibetano? —No, escriban los caracteres de su país." Uno de nosotros apoyó el papel sobre las rodillas y escribió esta frase: *¿De qué sirve al hombre conquistar todo el mundo si luego pierde su alma*? "¡Ajá!, ¡éstos son los caracteres de su país! Nunca había visto nada semejante. ¿Y qué significa esto?" Escribimos la traducción en tibetano, en tártaro y en chino y se la pasamos. "No me habían engañado, nos dijo, ustedes son hombres de gran sabiduría. Pueden escribir en todas las lenguas y expresan pensamientos tan profundos como los que se encuentran en los libros de oraciones". Luego repetía, sacudiendo lentamente la cabeza: *¿De qué sirve al hombre conquistar todo el mundo si luego pierde su alma*? □



Foto © Jean-Loup Charmet. Archivos de las Misiones Lazaristas, París

El padre Régis-Evariste Huc vestido con traje chino.

Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie et le Thibet, pendant les années 1844, 1845 et 1846, par M. Huc, ancien missionnaire apostolique (Recuerdos de un viaje por Tartaria y el Tibet en los años 1844, 1845 y 1846, por el Sr. Huc, antiguo misionero apostólico), París, 1868

El viaje interior

Visita al más allá desde este mundo o trayectoria iniciática del alma en busca de lo divino, el itinerario espiritual es también un viaje. Innumerables textos sapienciales de Oriente y de Occidente se refieren a esta forma de experiencia, desde el *Libro de los muertos* del antiguo Egipto hasta *La Divina Comedia* de Dante, sin olvidar los *Relatos* de Avicena (Ibn Sīnā), cuyo tema es el viaje espiritual hacia un Oriente místico. En la literatura contemporánea reaparece el "viaje interior", especialmente en la mística y en poesía.

El peregrino de lo absoluto

por Farid al-Din Attar

De Farīd al-Dīn 'Attār, muerto hacia 1220, uno de los más célebres poetas y místicos sufis de Persia, se conoce sobre todo en Occidente* El lenguaje de los pájaros *(*Mantic uttair*), la historia de treinta pájaros (*sī morgh*) que al final de su peregrinación descubren su identidad en el Pájaro divino, la* Sī morgh. *Este libro ha sido una fuente constante de inspiración para los poetas místicos. Pero la obra maestra de 'Attār es sin duda* El libro de la prueba *(*Musībatnāma*) que relata el viaje iniciático del alma, encarnada por el Peregrino, en busca de la Unidad. El fragmento siguiente procede del comienzo del poema, en el momento en que el Peregrino tiene la revelación de la vía que ha de seguir para llegar a Dios. Cada etapa del viaje interior que va a emprender a continuación está jalonada de gratas anécdotas con un rico sentido espiritual.

EL Peregrino perdido, desconcertado y estupefacto vio cien universos, océanos sobre océanos en ebullición; cada uno en busca de Dios, todos sumergidos en el torbellino de Dios. Pasó por el tamiz toda la tierra del mundo, y rechazó la inteligencia, la duda y la contradicción. Pasó por el tamiz cien mil veces la tierra del mundo, y otras tantas veces depositó sobre la mesa la perla recogida. Al fin, le llegó ayuda de Dios: mientras tamizaba se presentó a él un Sabio, sol que iluminaba los dos mundos, reuniendo sobre la Vía miríadas de astros; en el mundo y fuera del mundo, en el centro y fuera del centro; sedentario y viajero perpetuo; invisible y siempre presente; sol que irradiaba luz sobre los dos mundos y él mismo asustado de su propio brillo; llama roja sobre la Vía, con el corazón vasto, como el verde océano. ¡Quienquiera que no haga *jol* con el polvo de sus pasos, aquél, puro o impuro, que perezca! ¡Ah, hijo!, la ruta es larga y llena de escollos; al viajero le hace falta un guía. El ciego, sin bastón, ¿cómo se orientaría? ¿No hay Sabio, dices tú? ¡Pregunta, busca incansablemente! Pues si en el mundo no hubiera un solo Sabio, la tierra se levantaría y el tiempo se detendría.

En suma, cuando el Peregrino encontró al Sabio, guía sobre la Vía, se prosternó ante él. De gozo, su alma entró en ebullición; con todo su ser, fijó el anillo de la servidumbre en su oreja. Cien mil botones de rosa brotaron en la rosaleda de su corazón. La gracia le procuró el éxtasis; la impiedad se fugó, la Vía se abrió.

El Sabio le dijo: *Unos bandidos están emboscados en la Vía; no te duermas, haz lo que se te ha dicho. La ruta es larga; hijo, ¡sé vigilante! Deja el sueño para la tumba, ¡vela! A cada uno se le asigna una tarea; muchos han experimentado una angustia semejante. Cuídate en este largo camino de que no te paralice algo insignificante. Allí donde te detengas, quedarás postrado para siempre. ¡Que en tu pecho las heridas y las quemaduras se conviertan en llamamientos; que en tu alma este eco del Corán cante como el ruiseñor! ¡Ve derecho, esfuérzate, sé vigilante! ¡Lleva la carga, come la espina, aguza el oído!*

El Peregrino, amante loco de pasión, se abrasó como el fuego. Rechazó la exaltación y la melancolía y se sumergió desnudo en el océano. Renunció a la queja y a la gratitud y se internó en la Vía sin fin. □



Foto © Roland y Sabrina Michaud, París Museo de Lahore, Pakistán

Sufí meditando, miniatura persa de la escuela de Chiraz, del siglo XV. El sufismo, conjunto de reglas y prácticas ascéticas y místicas de diversas escuelas, sectas y cofradías musulmanas, cuenta en su seno con santos ejemplares, en particular Yalāl al-Dīn Rumi (1207-1274), el padre de los llamados derviches giradores.

Le livre de l'épreuve (El libro de la prueba), traducido del persa por Isabelle de Gastines, París, 1981

Viajeros letrados en el Lejano Occidente

Descubriendo Occidente: a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, numerosos viajeros letrados —escritores, diplomáticos o políticos— procedentes de diversas regiones del mundo, todos cultos y razonables, analizan y observan minuciosamente la Europa que ven por primera vez. Bajo su mirada, ésta adquiere a veces un rostro inesperado. Particularmente interesantes y ricas en enseñanzas en ambos sentidos son las reflexiones de los viajeros que vienen de países en ese entonces poco permeables como China y, sobre todo, Japón.



Foto © Kharbine-Tapabor, Paris

Diplomáticos japoneses bajo vigilancia

por Fukuzawa Yukichi

La misión oficial japonesa que vino a Europa en 1862. Fukuzawa Yukichi, el intérprete, es el segundo de pie partiendo de la derecha.

ÉRAMOS en total unos cuarenta, todos vestidos a la japonesa, y debía de ser un curioso espectáculo vernos deambular así por París o Londres con los dos sables al costado. Como —según nos habían dicho— tendríamos las peores dificultades para abastecernos en el extranjero, antes de partir del Japón nos habían preparado varios cientos de cajas de arroz blanco como provisión para el viaje y, para las noches que deberíamos pasar en los hoteles, nos habían fabricado decenas de "linternas metálicas" —faroles de dos pies cuadrados rodeados de rejilla— que servirían para alumbrar los pasillos, además de un surtido de linternas portátiles, candelabros, lámparas de pie y candelas; en resumen, todo lo que se había amontonado en la nave correspondía sin duda, en las intenciones, a lo que necesitaría un *daimyô* y su escolta en las hosterías de una posta de Tôkaidô.

Cuando hubimos llegado a París, tras los saludos habituales, el primer pedido que se hizo al funcionario que nos recibió fue que la morada de la comitiva no estuviese demasiado alejada de la residencia de los jefes de misión; lo que significaba que éstos no se sentían muy tranquilos y preferían tener su escolta a mano. Nuestro anfitrión aceptó inmediatamente, pasando a preguntarnos cuántos éramos; cuando le dijimos que más de treinta, nos respondió que, si nuestro número era sólo ése, en un solo hotel se podía alojar a diez o veinte grupos como el nuestro. La respuesta nos dejó desconcertados. Luego nos acompañó al hotel donde habríamos de hospedarnos. Se trataba del Hôtel du Louvre, al lado de la puerta del Palacio, un edificio imponente de cinco pisos, que disponía por lo menos de seiscientas habitaciones, con más de quinientos empleados y con capacidad para recibir, sin dificultad, a un millar de clientes, de tal modo que la misión japonesa pasaba desapercibida. Así, nuestra única preocupación debía ser no perdernos en los corredores del hotel. El aire caliente circulaba en las habita-

En 1862 una misión oficial japonesa visita varias capitales europeas: París, en dos oportunidades, Londres, La Haya, Berlín y San Petersburgo. El joven intérprete que la acompaña, Fukuzawa Yukichi (1835-1901), ha relatado en su* Autobiografía *este viaje, que transcurre en una época en que el gobierno japonés desea sacar al país de su aislamiento, en los albores de la era Meiji. En 1866 Fukuzawa publicaba* Seiyo-jijo *(el "Estado del Occidente"), obra capital que lo convertirá en el escritor más destacado del nuevo Japón. Posteriormente escribiría numerosas obras de divulgación, a fin de difundir la instrucción e ilustrar a la opinión pública japonesa acerca de la cultura occidental, además de desarrollar una importante actividad como educador en su escuela "Keiō Gijuku", que obtiene el estatuto de universidad en 1903.



Autobiographie (Autobiografía) (1862), traducida del japonés por René Sieffert, París, 1974

ciones, donde no se veía ni estufa ni radiador de vapor; las habitaciones y corredores estaban iluminados por un sinnúmero de faroles de gas, y apenas nos dábamos cuenta cuando llegaba la noche. En el comedor todos los productos de los montes y los mares se ofrecían a nuestro apetito, y los peores detractores de Occidente olvidaban sus prevenciones contra los Bárbaros, deleitándose con tan delicados manjares. No sabíamos qué hacer con todo aquel equipaje que arrastrábamos con nosotros desde el Japón; no íbamos, por supuesto, a encender nuestros faroles en los corredores del hotel ni hervir nuestro arroz en sus cocinas. Terminamos, por consiguiente, regalando todo nuestro material, empezando por el arroz, a uno de los funcionarios subalternos del comité de recepción, un tal Lambert, que nos hizo el favor de aceptarlo.

Nuestro desconocimiento de las costumbres nos trajo aparejadas bastantes contrariedades, de las que reíamos sin cesar. Uno de los mozos, a quien enviábamos a buscar tabaco, entendía *sugar* en lugar de *cigar* y volvía trayéndonos azúcar; nuestro médico creyó que había comprado ginseng, cuando en realidad era gengibre en polvo ... (...).

Japón era en aquella época un mundo cerrado, y las precauciones que se tomaban para impedir que tuviéramos trato con extranjeros, cuando estábamos fuera del Japón, tenían algo de cómico. Los tres emisarios eran Takenuchi, Matsudaira y Kyôgoku; este último tenía a su cargo las funciones de vigilancia y disponía, a tal efecto, de varios agentes especializados. Estos no perdían de vista ni un momento a sus compañeros, por lo que era bastante difícil entrar en relación con extranjeros. Todos éramos funcionarios del Bakufu, pero había tres que pensaban de la misma manera y perseguían los mismos objetivos: Mitsukuri Shûbei, Matsuki Kôan y yo; los tres habíamos hecho juntos nuestros estudios, y todavía en aquel entonces éramos inseparables, curiosos de ver todo lo que se podía ver. Esto no parecía gustar en absoluto a nuestros buenos agentes, sobre todo si se tiene en cuenta que los tres éramos de rango ínfimo y, peor aún, leíamos libros occidentales, lo que despertaba su recelo. Por consiguiente, las órdenes eran que, cada vez que quisiéramos salir, debía acompañarnos un agente del responsable de la vigilancia, que nos seguía a donde fuéramos. No teníamos, sin embargo, intención alguna de cometer acto de traición, ni había razones para temer que difundiésemos un secreto de Estado. Verse seguido todo el tiempo por un agente de extraño aspecto era realmente molesto. Pero la molestia era lo de menos: si nuestro esbirro tenía algo que hacer, se aguaba también nuestra salida. Esto nos contrariaba muchísimo. Decía yo entonces a mis amigos: "Bah, no es nada. Es como si recorriéramos Europa transportando, tal cual, nuestro hermético Japón", y esto nos hacía reír. □

En China y en Occidente

por Yuan Zuzhi

Oriundo de una ilustre familia de letrados, el chino Yuan Zuzhi (1827-1898) efectuó un viaje a Europa en 1883 en la comitiva de varios políticos de su país. Hacia los años 1880 publicó un pequeño compendio sobre lo que debería saber el viajero que se embarca en los océanos con destino al Lejano Occidente. De una larga confrontación entre ambas civilizaciones escrita hacia 1884, en la que Yuan Zuzhi procura destacar los aspectos esenciales de la civilización china, reproducimos aquí algunos fragmentos. El viajero procedente del Imperio del Medio, no desprovisto de sentido del humor, guarda las distancias.

LAS costumbres occidentales tienen puntos en común con las de China, y las pocas diferencias que surgen a veces no deben extrañarnos, si se piensa en las varias decenas de miles de *li* que separan a ambas regiones del mundo. Puede ocurrir, sin embargo, que estos usos se opongan completamente, como lo prueban los ejemplos siguientes: En China el puesto de honor es a la izquierda, mientras que en el Lejano Occidente es a la derecha. El hombre merece en el territorio chino más respeto que la mujer, mientras que en Occidente sucede lo contrario. En China las puertas y ventanas están siempre abiertas de par en par; en Occidente lo normal es que las puertas y los pórticos estén cerrados. En China se considera más cómodo quitarse la indumentaria de ceremonia para sentarse a la mesa, mientras que en Occidente nadie participará en un gran banquete sin el traje adecuado. Lo mismo se aplica a la casa. En China la función de la mujer es servir y cuidar; en Occidente son ellas quienes dirigen y mandan, y toca al marido obedecer.

En China el lugar del hombre es la calle y el de la mujer el hogar: lo que se dice en casa debe quedar en casa, lo que se dice fuera no debe franquear el umbral de ésta. Por eso la mujer que tiene cerrada su puerta y no sale nunca de su patio es estimada por su gran virtud. En Occidente las mujeres sólo piensan en salir; sus faldas y sus joyas llenan las calles. Se mezclan con los pasajeros y viajantes y sus maridos no pueden prohibirles que salgan, si no quieren ser procesados y encarcelados. En China las personas de sexos opuestos no deben tocarse cuando se pasan un objeto; en el Lejano Occidente el apretón de manos entre un hombre y una mujer es sólo una expresión de respeto.

En China consideramos obsceno besarse en los labios; en Occidente el beso en la boca y el abrazo es un gesto de educación y respeto.

En China se aconseja no beber agua fría para evitar los dolores de vientre, mientras que en Occidente ése es un medio para luchar contra el calor. En China se calienta el vino antes de beberlo; en Occidente sólo se lo consume frío. En China se sirven primero los platos y sólo al final la sopa; en Occidente se comienza con ella ... En China no se come buey porque este animal es necesario para los

trabajos agrícolas. En Occidente se utiliza el caballo para esos menesteres y el buey sólo sirve para el consumo.

En China las mujeres se visten para proteger su cuerpo y les daría vergüenza mostrar una parte. En Occidente exhiben sus hombros y el pecho, pero no dejan ver sus bragas.

En China no se habla cuando se come, y los charlatanes hacen el ridículo; en Occidente hay que hablar durante la comida, pues, si no, pensarán que uno está enfermo.

En China los jóvenes no se dejan crecer la barba ni las patillas, y sólo renuncian a afeitarse en la madurez; en el Lejano Occidente sucede lo contrario.

No está admitido que las chinas dejen caer sus cabellos sobre el rostro; las occidentales llevan la cara cubierta de bucles.

En China sería mala educación descubrirse y, por el contrario, hay que ajustarse la toca; en Occidente es conveniente quitarse el sombrero ...

Para contar con los dedos los chinos los doblan, mientras que los occidentales los extienden ...

Los chinos pelan las verduras o las frutas con la hoja del cuchillo hacia fuera; en Occidente se dirige hacia uno mismo.

En China, cuando el dueño de la casa recibe gente a comer, su mujer se retira y no se reúne con los invitados. En el Lejano Occidente no sólo debe acompañarlos, sino también estrechar la mano del invitado de honor y tomarle del brazo al sentarse y al levantarse de la mesa.

En China cuando las personas traban conocimiento es usual preguntarse el nombre antes de hablar del tiempo. En Occidente las gentes entablan conversación sin preocuparse de este detalle y sólo se intercambian las tarjetas de visita si la conversación da pie a ello. (...)



Foto © H. Roger Viollet, Paris



Foto © Boyer-Viollet, Paris

Dos damas elegantes: una china (1930) y otra francesa (1910).

En China los pisos superiores son los más respetables; lo contrario sucede en Occidente, donde por regla general los sirvientes moran en el cuarto o quinto piso.

En China se aprecia en el cabello de la mujer el brillo, el refinamiento del peinado y el negro profundo. En Occidente gustan los bucles y rizos, los cabellos completamente sueltos y el rubio dorado. A las damas chinas les complace dejarse crecer las uñas largas y puntiagudas; las occidentales se aplican a cortárselas y consideran estético redondearlas.

En China el blanco es color de duelo y el rojo de bodas y de alegría. En Occidente éste es el blanco, mientras que el negro es el color de luto. En China hay que lavarse las manos y la cara después de la comida; en Occidente, antes.

En China la vestimenta de los oficios viles es negra, mientras que en Occidente éste es el color del traje de etiqueta.

Las chinas se sentirían humilladas e insultadas si fueran objeto de miradas y apreciaciones; en Occidente las mujeres se sienten aduladas si cualquiera las observa y escruta y se jactan de ello.

La Corte china se enorgullece de hacer lo posible por reducir los impuestos y aliviar las tasas, mientras que en Occidente no son raros los impuestos arbitrarios y las alcabalas abusivas. En China las familias opulentas llenan sus graneros y despensas, mientras que en Occidente los ricos confían su dinero a otros.

En China las mujeres se niegan a descubrir su desnudez, pero no los hombres. En Occidente sucede lo contrario.

La enumeración de estos contrastes podría proseguir indefinidamente... □

Nouvelles lettres édifiantes et curieuses d'Extrême Occident par des voyageurs lettrés chinois à la Belle Epoque (Nuevas cartas edificantes y curiosas del Lejano Occidente por viajeros letrados chinos en la Belle Epoque), edición de André Levy, París, 1986.



Foto © de Selva-Tapabor, París

El baile Mabille, uno de los lugares de diversión a la moda en París a mediados del siglo XIX. Grabado de 1867.

Las fruiciones que le están al vulgo vedadas

por Domingo F. Sarmiento

Escritor fogoso y apasionado, educador incansable, político, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) llegará a ser Presidente de la República Argentina en 1868. Es autor de una obra maestra de la literatura hispanoamericana,* Facundo *(1845), una especie de epopeya de la Pampa que es a la vez un análisis del conflicto que observa en su país entre lo que él llama "civilización y barbarie". Enviado en misión oficial a Europa, en 1846, para familiarizarse con los métodos de enseñanza allí practicados, trae de este retorno a sus orígenes el tema de un voluminoso informe,* De la educación popular, *y el relato, lleno de vida, de sus* Viajes, *publicado en 1849. Las reflexiones sobre la igualdad que le inspira el espectáculo de los bailes públicos parisienses cobran especial valor si se recuerda que en ese entonces Sarmiento vivía en Chile porque rechazaba la dictadura de Rosas en la Argentina.

SUGIERENME esas reflexiones tan sesudas los bailes públicos de París, adonde me asomo de vez en cuando, para curarme del mal de la patria que me incomoda. No tengo tiempo, ni gusto, ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio a otros. ¡Ah! si tuviera cuarenta mil pesos nada más, ¡qué año me daba en París! ¡Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez! Pero soy *sage*, y me contento con mirar, en lugar de *pilquinear*, como hacen otros.

Los bailes son en París establecimientos públicos que se siguen a los teatros, luchando con ellos en magnificencia, alumbrado y gusto. El *Rannelag* correspondiera a la ópera italiana por la clase de los concurrentes. Allí he visto a Balzac, Jorge Sand, Soulié y otras notabilidades literarias. El *Chateau-Rouge* enciende cada fin de mes ochenta mil luces; el *Bal Maville* ostenta las bailarinas más afamadas; la *Chaumiere* es el edén de los estudiantes y estudiantas del cuartel latino, y la ciudadela en cuya puerta deja su sable el municipal para penetrar. Un día sí y otro no hay en todos ellos baile en la semana, a que concurren millares de aficionados. Un día pagan los varones a la entrada tres francos, dos otro, uno y medio el lunes, y cinco al fin de cada mes que hay *grand festival;* las damas entran siempre gratis. Compónense éstas de todas las clases de la sociedad, más o menos íntimas, según el día; pues esto depende de sus relaciones con los que pagan, y éstos son de a un franco y medio o de cinco, según sus recursos. Damas muy *comme il faut* asisten como espectadoras, y los jóvenes de todas las categorías son apasionados *habitués* de tal o cual baile. El local está adornado con gusto primoroso; jarrones y estatuas descuellan sobre masas de verdura, terraplenes de flores raras y embalsamadas, y en medio de una atmósfera de fuego por la iluminación del gas, los lampiones y los vasos de color, se agitan sobre avenidas de asfalto cuadrillas de doscientas parejas, ejecutando polkas frenéticas, valses febriles. Allí descuellan reputaciones tan altas, tan europeas, como la de Dumas, o la de Rachel. Cuando la Rigolette se para con su compañero que no es Jerman, todos los asistentes se la señalan, la turba de espectadores se apiña en el extremo que ella ocupa, y lores ingleses, boyardos y príncipes rusos pagarían cien francos por estar en primera línea. La orquesta alemana comienza a hacer vibrar las fibras de aquel torbellino de seres humanos, a irritarlas, y crisparlas con las armonías en que domina la corneta pistón. El baile va tomando animación, fuego, rapidez; entonces las naturalezas, los caracteres empiezan a diseñarse, el chiste en unos, la dulzura voluptuosa en otros, lo estrambótico, lo absurdo, lo furioso en los demás. La Rigolette vase agitando, animándose, perdiendo el sentido y las formas humanas. Sus admiradores estrechan cada vez más el círculo, la aguijonean con aplausos, la aturden con sus vivas hasta que la pasión estalla, el estro poético se manifiesta, la inspiración desciende a la pitonisa, en destellos del genio, en cabriolas imposibles, en contorsiones de bacante.

Esta es la parte dramática de los bailes públicos; la positiva es que la sociedad se *igualiza*, las clases se pierden, la mujer de clase ínfima se pone en contacto con los jóvenes de alta alcurnia, los modales se afinan, y la unidad y homogeneidad del pueblo queda establecida; el público se constituye, y una migaja de gloria cae también a los pies de la mujer del bajo pueblo, entre los placeres con que aturde su miseria o su vileza. □

Los viajes (1849), tomo I, Buenos Aires, 1955

Un general chino en París

por Cheng-Ki-Tong

***Letrado procedente de un medio tradicional, eminente calígrafo, el general Cheng-Ki-Tong fue durante varios años agregado militar de China en París. Trabó amistad entonces con algunos escritores y artistas occidentales, en especial con el pintor francés Félix Regamey, autor de numerosas vistas que trajo de sus viajes, sobre todo del Japón, y también de retratos. A él le dirigió el general, con motivo de un relato aparecido en una revista, una vigorosa e irónica aclaración sobre la realidad china, de la que puede leerse aquí un fragmento. Ya en 1884 Cheng- Ki-Tong había publicado en París un libro que constituía una defensa de su país,* Los chinos pintados por ellos mismos.**

ESTE artista es mi excelente amigo el Sr. Félix Regamey, que ha publicado en estos días, y aquí mismo, un artículo muy intersante, por lo demás titulado: *el Japón visto por un artista.*

Hace tiempo que conozco y aprecio a Félix Regamey, en primer lugar como amigo, y luego como artista y orientalista apasionado. (...)

Ahora bien, su artículo en la *Revue bleue* ha constituido para mí una auténtica sorpresa. Me he dado cuenta de que el Sr. Regamey no ha visto la China. La ha visitado, sin embargo, pero me veo obligado a decirle lo que él dice a Pierre Loti: "La observación durante una escala tiene sus riesgos".

Después de sentarse en una silla plegable, en las calles de Cantón, para hacer algunos croquis de esta ciudad interesante y verdaderamente única en el mundo, el gran artista pronto se desanimó tanto por la curiosidad del público que lo rodeaba como por las observaciones que se emitían acerca de lo que hacía. Se apresuró entonces a tomar tomó el barco y se dirigió al Japón. Allí su estancia fue más prolongada y recibió una mejor acogida. Por eso, de regreso a Francia, coloca al Japón por encima de la China. Hay que reconocer que es muy comprensible. Ni siquiera me habría permitido formularle un reproche al respecto, puesto que ha visto muy poco de la China y mucho del Japón.

Me veo forzado a decirle que si yo hubiera reaccionado como el Sr. Regamey, y si algunos incidentes desagradables hubiesen bastado para quitarme las ganas de continuar, nunca habría conocido Europa. Recuerdo, en efecto, que cuando fui a Berlín por primera vez, en 1877, me paseaba un día por la *Kaiser-Gallerie*, que es algo semejante al pasaje de la Opera. Pronto me vi rodeado por una muchedumbre tal que se produjo una verdadera obstrucción de la galería. Para escapar de esta curiosidad agobiante, me vi obligado a entrar en una tienda y a pedirle al comerciante que llamara a la policía para que me abriera paso.

La muchedumbre era bulliciosa. Hacía todo tipo de observaciones — en alemán, que aun yo no conocía.— Era menos sabio que mi amigo Regamey, que supo de inmediato que el chino que se hablaba en torno a él, en encuentros semejantes, estaba lleno "de invectivas despreciativas o grotescas".

Y este no fue un hecho aislado. Cuando China instaló una legación en Berlín, fue tanto lo que los transeúntes, los curiosos y sobre todo los niños siguieron, rodearon y atropellaron a mis compatriotas, que el rector de la Universidad tuvo que añadir al reglamento escolar un artículo especial en los siguientes términos: "Se prohíbe seguir y molestar a los chinos".

Un día, en París, en el Museo del Louvre, mientras admiraba un cuadro de la Escuela Flamenca, dos señoras, que parecían recién llegadas de su provincia, apostaban en voz alta, a mis espaldas, sobre si yo era una mujer.

Creo que la que perdió fue la más hermosa de las dos. (...)

Todas estas situaciones habrían desanimado al Sr. Regamey: a mí me divirtieron. Pues sé que junto a esta curiosidad propia de las personas ignorantes de todas las razas y todos los países, se encuentran en todas partes la cortesía y la hospitalidad de los que conocen los miramientos con que debe tratarse a un extranjero. Es este lado bueno del público el que hay que ver y apreciar. (...)

Los verdaderos artistas, como en todos los sitios, son escasos entre nosotros. Los que no alcanzan ese nivel son suficientemente modestos como para no mostrarse. Pero el arte, de manera general, forma parte de nuestra educación: a la vez que la escritura, aprendemos desde la infancia el dibujo y la acuarela. El profesor estima que sus alumnos no saben nada mientras no son capaces de dibujar una nube arrastrada por el viento: cosa más difícil de fijar que un hombre que cae de un techo. Es cierto que los modelos son menos raros. El viento y las nubes existen en todas partes, en tanto que el hombre que cae de un techo, a que alude el Sr. Regamey, me parece más difícil de encontrar, salvo en el *Ambigu*, en el *Assommoir* de Zola. (...)

Confieso que los niños chinos —al igual que los niños japoneses, diga lo que diga el Sr. Regamey— suelen tener miedo y llorar cuando se les acerca un extranjero. ¿Es eso algo extraño? Apelo a todos los padres. Si el Sr. Regamey tuviese hijos, los habría visto huir, como los demás, ante el aspecto de un rosro nuevo, y llorar si se les obligaba a quedarse. Tales son las maneras, las leyes, los usos y costumbres de los niños de todos los tiempos y de todos los países. No es el *extranjero* el que asusta sino el *desconocido*. En China, pues, como en todas partes, los bebés carecen de todo instinto antiinternacional. Pido perdón al lector por haber acuñado esta horrible palabra. □

La Chine vue par un artiste —Réponse à M. Félix Regamey (China vista por un artista —Respuesta al Sr. Félix Regamey), *Revue bleue*, París, 29 de noviembre de 1890



Foto © Giraudon, París Museo Guimet, París

Acuarela del pintor francés Félix Regamey (1844-1907), tomada del natural en 1874 para ilustrar las Promenades japonaises *(Paseos japoneses) de Emile Guimet, fundador del museo parisiense de artes asiáticas que lleva su nombre.*

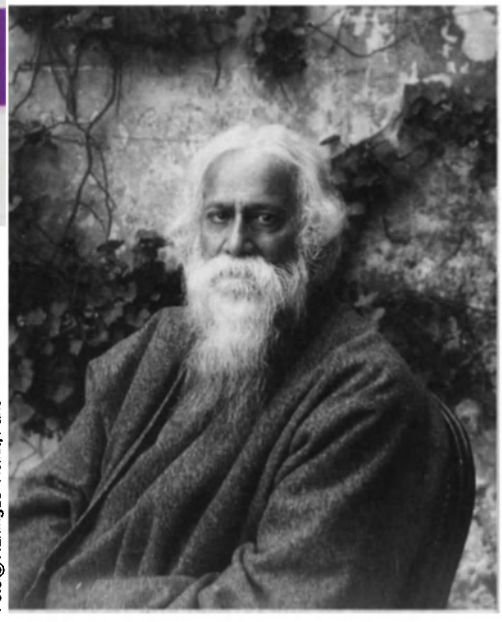


Foto © Harlingue-Viollet, París

Rabindranath Tagore.

Un poeta indio visita a un pastor inglés

por Rabindranath Tagore

Un aspecto en el que Rabindranath Tagore (1861-1941), el gran escritor bengalí y el más célebre de los escritores de la India contemporánea (premio Nobel de literatura en 1913), aparece como precursor, es indudablemente el de los viajes. Durante la segunda mitad de su vida, a la par que proseguía su obra escrita, que es inmensa, viaja varias veces a Inglaterra y a Estados Unidos, y recorre los continentes europeo y asiático, estableciendo contacto con escritores y sabios y pronunciando conferencias para dar a conocer mejor a la India, impulsar el acercamiento entre Oriente y Occidente y exponer su punto de vista sobre el universalismo de las culturas. Durante una famosa visita que el escritor hizo a Inglaterra en 1912, el poeta y dramaturgo irlandés William Butler Yeats leyó ante Tagore y una asamblea de escritores occidentales el* Gitanjali *(La ofrenda lírica), un libro de poemas de Tagore que éste había traducido al inglés. Ese mismo año el poeta indio pasó parte del verano en casa de un pastor del Staffordshire.

MES de agosto, pleno verano en Inglaterra; el habitante de la ciudad está ansioso de visitar el campo. La gente se lanza a los parques y a los espacios al aire libre y, si disponen de algunas horas más, huyen de la ciudad. Uniéndonos a la muchedumbre urbana que escapa, partimos también nosotros ...

Llegados a la casa, nuestra anfitriona nos condujo al cálido salón donde se había encendido fuego. La casa parroquial no era antigua sino de construcción reciente. También el jardín era nuevo, quizás plantado por ellos mismos. Grupos de flores de colores abigarrados bordeaban el prado de fuerte pendiente. Nunca había visto tanta exuberancia, tanta lozanía en el follaje. Quien no lo haya visto no podría creer lo profusamente verde y espeso que puede ser el césped.

Las habitaciones de la casa estaban limpias y ordenadas, la biblioteca repleta de libros sobre diversos temas, y no podía verse un solo signo de descuido. El mobiliario, la decoración y las comodidades respondían a normas mucho más elevadas que las de nuestro país. Cada objeto era mantenido inmaculadamente limpio con vigilante cuidado. La negligencia era algo que aquella gente no toleraba.

Al caer la tarde el señor Outram, nuestro anfitrión, nos llevó a pasear; la lluvia había escampado pero las nubes formaban una masa compacta. Por todas partes se veía el verde profundo de onduladas praderas separadas por vallas de escasa altura. Aunque con ondulaciones, el paisaje no presentaba en ningún momento la aspereza de las colinas; la exuberancia de la tierra se mantenía con una armonía perfecta y bella.

Mientras caminábamos el señor Outram encontró a un conocido con quien se puso a conversar sobre algún asunto. Me enteré así de que se había formado un comité rural para incitar a los agricultores a que se dedicaran a algún trabajo de jardinería; unos días antes se había celebrado un concurso, y ese extranjero había recibido el primer premio de flores. El señor Outram me llevó a las casas de algunos granjeros. Todos tenían un jardín con flores alrededor de sus casitas y un huerto para sus hortalizas, y se respiraba una atmósfera de esfuerzo doméstico generador de sencillez y felicidad. Tras el trabajo cotidiano en los campos, regresaban a sus hogares y se entregaban al atardecer a las labores de jardinería ... Tuve oportunidad de asistir a muchas otras muestras de las relaciones humanas que se habían desarrollado, por conducto de los servicios y obras de asistencia social, entre el señor Outram y los aldeanos que dependían de su parroquia.

La religión institucionalizada puede a veces ser un obstáculo para el progreso del pueblo, pero pese a ello el espíritu religioso está vigente en este país y no hay duda de que el clero ha mantenido normas morales bastante elevadas en la vida de los campesinos. En nuestro país esta tarea correspondía a los Brahmanes, pero al estar basado en el *varna* el sistema lleva inevitablemente a pasar por alto la responsabilidad individual. No creo que todos los miembros del clero hayan asimilado el ideal de Cristo en su vida, pero no son clérigos de nacimiento y tienen una responsabilidad frente a la sociedad. Les sería difícil permitir una degradación de su carácter o de su conducta, y en general han perseguido la búsqueda de la pureza de carácter como un ideal de religión ...

Las órdenes religiosas han tomado las disposiciones necesarias para que la religión esté presente, de modo generalizado, en las comunidades. Esto no basta, pues los grandes problemas de humanidad con que de tanto en tanto debe enfrentarse el país exigen un poder espiritual y una inspiración que las instituciones no pueden aportar. Toca a los clérigos encarar esos problemas, con la música íntima de la palabra de Cristo en sus corazones, instalándole a El en su vida. Pero esto sucede tan raramente... □

Rural England (La Inglaterra rural), fragmento de *A Tagore Reader*, edición de Amiya Chakravarty, Nueva York, 1961

El viajero inmóvil

Hay también, no lo olvidemos, los viajeros que se marchan sin marcharse, salvo en su imaginación. Y el viaje imaginario es justamente un género literario que tiene un largo historial. Sus raíces se sitúan en la Antigüedad y hoy tiene su brillante prolongación en la ciencia-ficción. Desde la sátira a la utopía pasando por el relato fantástico y el humorístico, el viaje imaginario ha tentado a los más grandes escritores (recuérdese el famoso vuelo imaginario de Sancho Panza en Clavileño en el *Don Quijote* de Cervantes).

Paris on Thames

por Joris Karl Huysmans

El duque Jean de Floressas des Esseintes, protagonista de* A rebours *(1884), la célebre novela del escritor francés Joris-Karl Huysmans (1848-1907), posee nobleza y fortuna pero el tedio le atenaza. Para escapar de él, le gusta sumergirse en "los espacios tumultuosos de la pesadilla y el sueño". Des Esseintes es un típico representante de esa sensibilidad "fin de siècle" o finisecular propia de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Héroe quijotesco, a la vez grotesco y patético, viajero inmóvil que sueña estar en la Inglaterra de Dickens cuando no se ha movido de una "tavern" inglesa de París, es también una de las más relevantes figuras de la angustia que nos haya dado la literatura.

LE quedaba tiempo para comer; el tren partía sólo a las nueve menos cinco, y él contaba con los dedos, calculando las horas de la travesía de Dieppe a Newhaven, mientras se decía: —Si las cifras de la guía de ferrocarriles son exactas, mañana estaré en Londres a eso de las doce y media.

Mientras le ponían la mesa, des Esseintes contempló a sus vecinos; insulares con ojos de loza, tez encarnada, semblante pensativo o arrogante, leían periódicos extranjeros; sólo algunas mujeres, sin caballeros, cenaban a solas, confidencialmente: inglesas robustas con rostro de muchacho, dientes anchos como paletas, mejillas rosadas cual manzanas, manos y pies alargados. Daban cuenta, con verdadero entusiasmo, de un rumpsteak-pie, carne caliente cocida en una salsa de hongos y recubierta de corteza, como un paté.

Sin apetito desde hacía tanto tiempo, se quedó des Esseintes confuso ante aquellas mocetonas cuya voracidad estimulaba su hambre. Pidió una sopa *oxtail*, y saboreó este caldo de cola de buey, untuoso y cremoso al mismo tiempo, grasiento y firme; examinó luego la lista de pescados, pidió un *haddock*, especie de merluza ahumada que le pareció digna de elogio y, despertado su apetito al ver a los otros atracarse, engulló una carne asada con patatas y se tragó dos pintas de *ale*, estimulado por ese saborcito a establo almizclado que tiene esta cerveza fina y pálida. Se hundió en su silla, encendió un cigarrillo y se preparó a beber su taza de café, que roció con ginebra.

En su vida sedentaria sólo dos países le habían atraído, Holanda e Inglaterra.

El primero de sus deseos estaba cumplido; un día, no pudiendo más, había dejado París y visitado, una a una, las ciudades de los Países Bajos.

En resumidas cuentas, el viaje se había saldado en crueles desilusiones. Se había figurado una Holanda a través de las obras de Teniers y de Steen, de Rembrandt y de Ostade. (...)

El mismo desencanto volvía a instalarse en él; consultó nuevamente su reloj: faltaban todavía diez minutos para la salida del tren. Había llegado el momento de pedir la cuenta y partir, se dijo. (...) Se decía: "Vamos, de pie, hay que irse", e inmediatamente surgían objeciones que contrariaban su orden. ¿Por qué moverse, si se viajaba magníficamente en una silla? ¿No estaba acaso en Londres, rodeado por sus perfumes, su atmósfera, sus habitantes, sus praderas, sus utensilios? ¿Qué podía esperar, salvo nuevas desilusiones como en Holanda?

Le quedaba apenas el tiempo para correr a la estación, y una inmensa aversión por el viaje, una necesidad imperativa de quedarse quieto se imponían con una voluntad cada vez más marcada, con empecinamiento creciente. Pensativo, dejó correr los minutos, cortándose así la retirada, mientras se decía: "Ahora habría que precipitarse a la taquilla, lidiar con el equipaje. ¡Qué fastidio! ¡Qué molestia!" Luego, machacando una vez más: "En definitiva, he visto y experimentado lo que quería ver y experimentar. Estoy saturado de vida inglesa desde mi partida; habría que estar loco para perder, con un desplazamiento equivocado, sensaciones imperecederas. En resumidas cuentas, ¿qué aberración me ha hecho tratar de repudiar ideas antiguas, condenar las dóciles fantasmagorías de mi cerebro, haber creído, como un verdadero novato, en la necesidad, en la curiosidad, en la conveniencia de una excursión? —Bueno, dijo mirando a su reloj, es hora de volver a casa". Esta vez se puso en pie, salió, pidió al cochero que lo condujera nuevamente a la estación de Sceaux, y regresó con sus baúles, sus paquetes, sus maletas, sus mantas, sus paraguas y sus bastones a Fontenay, experimentando la extenuación física y la fatiga moral del que vuelve a casa después de un viaje largo y peligroso. □

A Rebours, París, 1884 (Versión española: *Contra natura*, Barcelona, Tusquets, 1980)

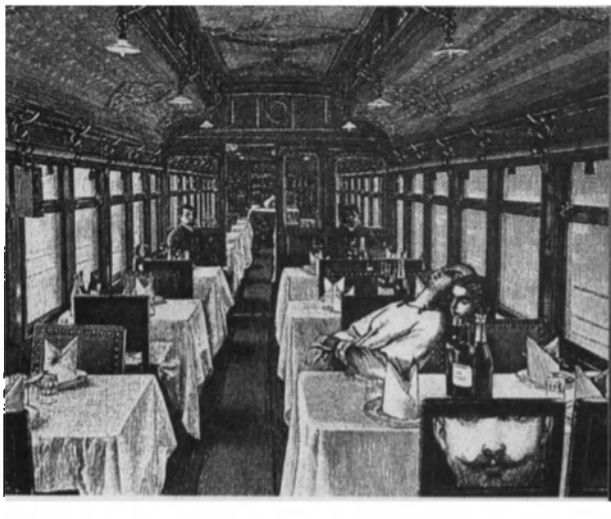


Foto © SPADEM, 1987. Biblioteca Nacional, París

El tren entumecido, *plancha de* La mujer 100 cabezas *(1929), "novela-collage" del pintor Max Ernst (1891-1976), que es una de las obras maestras de la pintura surrealista.*

La libertad del viaje

"Pero los verdaderos viajeros son los únicos que parten/ Por partir...". Este verso de Baudelaire nada ha perdido de su verdad. Por serio que parezca el motivo de su partida — descubrimiento, peregrinación, exploración, comercio, arqueología u otro— el gran viajero, el viajero apasionado, escapa siempre de lo que en definitiva no es más que un pretexto. Su único deseo es el ejercicio de su libertad.

La princesa guerrera

por Ibn Battuta

"Ningún hombre inteligente, escribe Ibn Yuzayy, el escriba al que Ibn Battūta dictó sus recuerdos, podrá desconocer que este jeque fue el* viajero de la época.*" Tenía razón. Pero Battūta no es únicamente el más importante viajero árabe de la Edad Media, es también, sin lugar a dudas, uno de los más grandes viajeros de todos los tiempos. Parte en 1325 hacia La Meca. En realidad, irá hasta China y la aventura, una verdadera novela, dura casi treinta años, durante los cuales recorre la mitad del planeta. La primera parte de sus viajes se desarrolla en el Cercano Oriente. En una segunda fase, más larga, viaja y reside en Asia central y oriental. Por último, después de regresar a Tánger (Marruecos), su ciudad natal, volverá a partir hacía el Sahara y Sudán; la vívida descripción que hace de ambos es la única que ha dejado la Edad Media. Como turista musulmán curioso, inteligente y culto, observa y relata. Su crónica de viaje (*Rihla*), además de tener un gran valor literario, constituye un verdadero panorama del universo en el siglo XIV. Nuestro fragmento lo muestra sin duda en las Filipinas, antes de que llegara a China.

EL segundo día después de nuestra llegada al puerto de Cailucary, la princesa invitó al *najodhah*, o patrón del barco, al *carany* o secretario, a los mercaderes, a los jefes, al *tendil* o general de los soldados de a pie y al *sipahsalar* o general de los arqueros. La ocasión era el banquete de hospitalidad que Ordudxa, según su costumbre, les ofrecía. El patrón del barco me rogó que fuera yo también en su compañía; pero me negué porque esos pueblos son infieles y no está permitido comer de sus vituallas. Cuando los invitados hubieron llegado a la morada de la princesa, ésta les dijo: "¿No ha venido alguno de los vuestros?" Contestó el patrón del barco: "Sólo está ausente un hombre, el *bajchi*, o juez, que no come de vuestros manjares". Ordudxa replicó: "Hacedle venir". Sus guardias vinieron a donde yo estaba y con ellos los compañeros del najodhah, quienes me dijeron: "Obedece a la princesa".

Me encaminé pues a su morada y la encontré sentada en su gran sitial o trono de gala; ante ella, varias mujeres tenían en las manos registros que le presentaban. Y en su derredor se hallaban unas cuantas dueñas, o mujeres de edad, que son sus consejeras y que estaban sentadas por debajo del trono, en sillones de madera de sándalo. También delante de la princesa estaban los hombres. El trono, de madera de sándalo con láminas de oro incrustadas, estaba tapizado de seda y coronado por cortinas también de seda.

Una vez que la hube saludado, me dijo la princesa en lengua turca: *"Jochmicen iajchimicen"*, lo que significa: "¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?" Luego hizo que me sentara a su vera. La princesa sabía escribir perfectamente el árabe y dijo a uno de sus criados: *"Dauah ué betec guetur"*, palabras cuyo significado es: "Trae el tintero y el papel". El criado los trajo y la princesa escribió: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso"; seguidamente me dijo: "¿Qué es esto?" Yo le respondí: *"Tangry nam"*, es decir: "Es el nombre de Dios". Ella continuó: *"Joch* o, dicho de otro modo, "Está bien". Tras lo cual me preguntó de qué país venía, respondiéndole yo que de la India. La princesa dijo entonces: "¿Del país de la pimienta?" (Malabar), a lo que yo contesté afirmativamente. Me preguntó extensamente por ese país, por las vicisitudes que atravesaba, y yo satisfice su curiosidad. Añadió la princesa: "Tengo que hacer absolutamente la guerra a ese país y

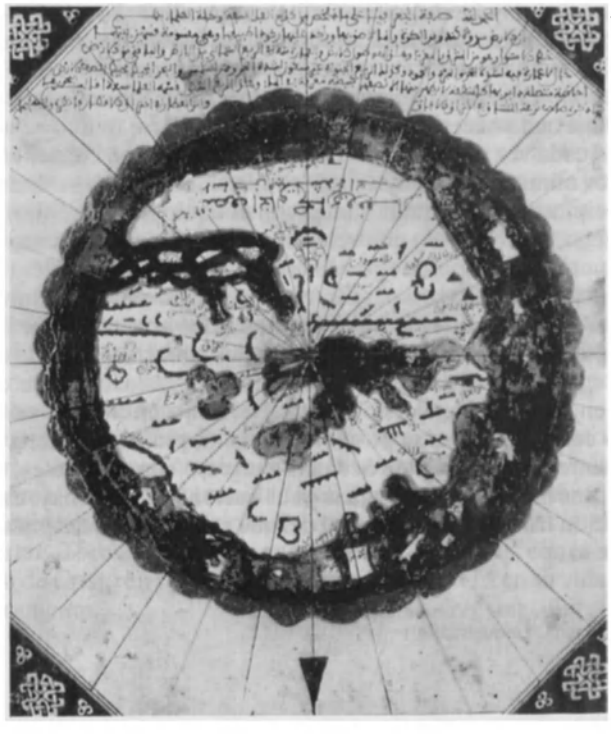


Foto © Biblioteca Nacional, París

Planisferio general que forma parte del Portulano del mar Mediterráneo *por Ali ibn Muhammad al Sharqi, de Sfax (Túnez), obra maestra de la cartografía árabe del siglo XVI. Siguiendo la orientación árabe usual en la Edad Media, el sur está situado en la parte superior y el Mediterráneo ocupa la posición central.*

apoderarme de él, pues me agrada la abundancia de sus riquezas y de sus tropas". A lo que yo le dije: "Hágalo". La princesa ordenó que me dieran: 1° vestidos; 2° la carga de arroz de dos elefantes; 3° dos hembras de búfalo; 4° diez ovejas; 5° cuatro libras de poción o jarabe; 6° cuatro *marthaban* o grandes vasos de porcelana, llenos de gengibre, pimienta, limones y mangos; todo ello bien salado y propio para servir en los viajes por mar.

El patrón del barco me ha contado que Ordudxa tiene en su ejército a mujeres libres, muchachas esclavas y cautivas que combaten como los hombres; que sale con las tropas integradas por hombres y mujeres; que hace incursiones en las tierras de sus enemigos, que asiste a los combates y que lucha contra los bravos. Me ha dicho también que en cierta ocasión tuvo lugar una tenaz batalla entre la princesa y uno de sus enemigos, que murieron gran número de soldados de Ordudxa y que todas sus tropas estaban a punto de huir a la desbandada; que entonces la princesa se lanzó hacia adelante y atravesó las filas de guerreros hasta llegar ante el rey al que combatía; que le atravesó de un golpe mortal, matándole, y que sus tropas huyeron; que Ordudxa volvió con la cabeza de su enemigo clavada en su lanza y que los parientes del muerto pagaron ricos tesoros para recupérar su cabeza; por último, que cuando la princesa se volvió hacia su padre, le dio esta ciudad de Cailucary que su hermano gobernaba antes de ella. Por el mismo patrón de barco sé que los hijos de los reyes solicitan casarse con Ordudxa y que ella responde: "Sólo me casaré con quien combata conmigo y me venza"; pero que evitan luchar contra ella por temor al perjuicio que les reportaría ser vencidos por la princesa. □

Voyages d'Ibn Battuta (Viajes de Ibn Battuta), tomo IV, Editions Anthropos/Unesco, Colección Unesco de Obras Representativas, París, 1979

En el corazón de Africa

por René Caillié

Prisionero mucho tiempo de una imagen legendaria que lo había convertido en una especie de precursor de la conquista colonial, el francés René Caillié (1799-1838) aparece como un hombre muy diferente a través de las páginas, ricas en observaciones de todo tipo, de su diario de viaje a Tombuctú (de 1824 a 1828), la prestigiosa ciudad maliense. Caillié, que morirá de las enfermedades y el agotamiento padecidos durante su viaje, se sacrificó en cierto modo a su sueño: llegar, a orillas del Níger, a la ciudad misteriosa. Su diario de viaje, valioso documento humano, constituye también un cuadro único en su género de las sociedades árabes y africanas todavía soberanas y de los intercambios de civilizaciones a través del Sahara, desde el Magreb hasta el Africa negra, a comienzos del siglo XIX, antes de la penetración colonial europea.

NACI en Mauzé, departamento de Deux-Sèvres, de padres pobres, que tuve la desgracia de perder siendo niño. Como educación sólo recibí la que se daba en la escuela gratuita de mi pueblo. En cuanto supe leer y escribir, me enseñaron un oficio por el que pronto perdí todo gusto a causa de la lectura de relatos de viajes a la que dedicaba todos mis momentos de ocio. La historia de Robinson, sobre todo, inflamaba mi imaginación juvenil; ardía por tener aventuras como él; e incluso sentía ya nacer en mi corazón la ambición de distinguirme con algún descubrimiento importante.

Me prestaron libros de geografía y mapas; el de Africa, donde sólo veía países desérticos o con la indicación de desconocidos, despertó particularmente mi interés. Por último, esta afición terminó convirtiéndose en una pasión por la que renuncié a todo: dejé de participar en los juegos y diversiones de mis compañeros; me encerraba en casa los domingos para leer relatos y todos los libros de viajes que podía agenciarme... Le hablé a mi tío, que era mi tutor, de mi deseo de viajar; él desaprobó mi intención, me pintó con vigor los peligros que correría en el mar y la nostalgia que sentiría lejos de mi país y de mi familia; y, en resumidas cuentas, no olvidó nada que pudiera apartarme de mi proyecto. Pero mi decisión era irrevocable. Insistí pues para que me dejara partir y él cesó de oponerse.

Toda mi fortuna se reducía a sesenta francos. Con tan magro tesoro me trasladé en 1816 a Rochefort. Allí me embarqué en la gabarra *La Loire* que puso rumbo al Senegal. (...)

La ciudad de Tombuctú está habitada por negros de la nación Kisur que forman el grueso de la población. En la ciudad se han establecido muchos moros que se dedican al comercio; yo los comparo con los europeos que van a las colonias con la esperanza de hacer fortuna: los moros vuelven después a su país donde llevan una vida tranquila. Su influencia sobre los indígenas es muy grande; no obstante, el rey o gobernador es un negro. El nombre de este príncipe es Osman y sus súbditos sienten por él gran respeto. Pero sus costumbres son muy sencillas, por lo que nada le distingue de los demás.(...)

El príncipe nos recibió en medio de su corte; estaba sentado en una hermosa estera con un rico cojín; durante un momento permanecimos sentados a poca distancia de su persona. Mi huésped le dijo que venía a presentarle mis respetos y le contó mis aventuras. No pude comprender la conversación entre ellos ya que hablaban en la lengua de los Kisur. Seguidamente se dirigió el rey a mí en árabe, haciéndome varias preguntas sobre los cristianos y sobre la manera como me habían tratado. Nuestra visita fue breve y en seguida nos retiramos; me habría gustado visitar el interior de la casa, pero no me fue dada esa satisfacción. El príncipe me pareció de carácter afable; podía tener unos cincuenta años. Tenía el pelo blanco y ensortijado; su estatura era normal y su semblante bello, con la tez de un negro oscuro, la nariz aguileña, los labios delgados, la barba gris y los ojos grandes. Su vestimenta, como la de los árabes, era de telas de Europa; llevaba puesto un gorro rojo con un gran trozo de muselina a modo de turbante alrededor; sus zapatos, de tafilete y fabricados en el país, eran como nuestras pantuflas. Acudía con frecuencia a la mezquita.

Como ya he dicho, hay muchos moros establecidos en Tombuctú; las casas más



Foto © Jean-Loup Charmet, París. Biblioteca Nacional, París

Lámina de la edición original del Voyage à Temboctou et à Jenné *(Viaje a Tombuctú y a Yenné) (1830) de René Caillié: "El Sr. Caillié meditando sobre el Corán y tomando notas".*

Journal d'un voyage à Tomboctou et à Jenné, dans l'Afrique centrale... pendant les années 1824, 1825, 1826, 1827, 1828 (Diario de un viaje a Tombuctú y Yenné, en el Africa central... durante los años de 1824, 1825, 1826, 1827 y 1828), París, 1979

hermosas de la ciudad les pertenecen. Gracias al comercio se enriquecen rápidamente: les envían en consigna mercancías de Adrar y de Tafilete; también les llegan de Tauat, Ardamas, Trípoli, Túnez y Argel; reciben mucho tabaco y diversas mercaderías de Europa, que expiden en embarcaciones hasta la ciudad de Yenné y otros lugares. A Tombuctú se le puede considerar como el principal almacén de esa parte de Africa. Allí se almacena toda la sal que desde las minas de Tudeyni traen las caravanas de camellos. Los moros de Marruecos y los de otros países que viajan al Sudán se quedan de seis a ocho meses en Tombuctú para hacer sus tratos comerciales y esperar un nuevo cargamento para sus camellos.

Las placas de sal se atan unas con otras mediante frágiles cuerdas hechas con una hierba que crece en los alrededores de Tandaye, hierba que está ya seca cuando se recoge; para emplearla se moja y después se entierra para protegerla del sol y del viento del este, que la secaría con demasiada rapidez; cuando ha quedado impregnada de humedad, se la retira y entonces se tejen a mano las cuerdas; los moros las emplean para diversos fines. A menudo los camellos dejan caer al suelo su carga; y cuando las placas de sal llegan a la ciudad, están parcialmente rotas, lo que sería un obstáculo para su venta si los comerciantes no tuvieran la precaución de hacer que las reparen sus esclavos; éstos ensamblan los trozos y los embalan de nuevo con cuerdas más sólidas de cuero de buey; trazan en las placas dibujos negros, a basa de rayas, de rombos, etc. A los esclavos les encanta hacer este trabajo porque les permite recoger una pequeña provisión de sal para su propio consumo. En general, los hombres de esta clase son menos desgraciados en Tombuctú que en otras comarcas; están bien vestidos y bien alimentados y es raro que les peguen; les obligan a practicar las ceremonias religiosas, lo que hacen con toda diligencia; pero se les considera de todos modos como una mercancía, siendo exportados a Trípoli, Marruecos y otras partes de la costa, donde no se sienten tan felices como en Tombuctú; de ahí que les duela siempre marcharse de esta ciudad, aunque ignoren la suerte que les espera.

En el momento de marcharme, vi como varios esclavos, aunque no se conocían entre sí, se despedían con emoción: la conformidad con su triste condición suscita en ellos un sentimiento de simpatía y de interés mutuo y se recomiendan unos a otros que se comporten bien. Pero los moros que los conducen apresuran a menudo la salida y les interrumpen en sus afectuosos desahogos, tan propios para despertar la compasión por su suerte. □

Deporte psíquico

por Alexandra David-Néel

Poseedora de un carácter y una energía indomables, mujer moderna antes de tiempo, anarquista, budista, orientalista, exploradora y escritora francesa, Alexandra David-Néel (1868-1969) es una aventurera tanto del espíritu como de los viajes. Hizo numerosas peregrinaciones al Oriente y sobre todo al Tibet. Fue en 1924 la primera europea que penetró en Lhasa y que residió allí. Escribió varias obras sobre sus viajes y sobre el budismo, en particular* Místicos y magos del Tibet *(1929) del cual procede este pasaje. Alude allí al* tumo, *entrenamiento psíquico que permite a los lamas entrar en calor a voluntad.



Foto tomada del album *Le Tibet d'Alexandra David-Neel* © Editions Plon, París

Alexandra David-Neel disfrazada de peregrina y mendiga tibetana con su equipaje al hombro. Con este disfraz logró penetrar en Lhasa en 1924.

UNA especie de examen clausura a veces el periodo de entrenamiento de los estudiantes de *tumo*. Una noche de invierno en que brilla la luna, los que se sienten capaces de salir airosos de la prueba se dirigen, con su maestro, a una corriente de agua no congelada. Si no hay agua accesible en la región, se hace un agujero en el hielo. Se elige una noche en que el viento sopla con violencia. No son raras en el Tibet.

Los candidatos al título de *respa**, completamente desnudos, se sientan en el

* Se llama así a los expertos en el arte del *tumo* (Nota de la autora).

suelo con las piernas cruzadas. Se sumergen unas sábanas en el agua helada; allí se congelan y se las retira cuando están rígidas. Cada uno de los discípulos se envuelve en una sábana que debe deshelarse y secarse sobre su cuerpo. En cuanto está seca, se la vuelve a sumir en el agua y el candidato se envuelve en ella nuevamente. La operación prosigue de este modo hasta el amanecer. Entonces el que ha secado el mayor número de sábanas es proclamado primero del concurso.

Se afirma que algunos logran secar hasta cuarenta sábanas en una noche. No hay que descartar las exageraciones y tener en cuenta también el tamaño de las sábanas que posiblemente, en algunos casos, han llegado a ser minúsculas y puramente simbólicas. Sin embargo, no cabe duda de que existen *respas* que secan sobre su cuerpo varias piezas de tela del tamaño de un gran chal. He podido comprobarlo con mis propios ojos.

Es preciso secar por lo menos tres antes de ser reconocido como auténtico *respa* digno de llevar la falda de algodón blanco que distingue a los "licenciados en artes de *tumo*". Por lo menos, esa era la regla primitiva, pero es dudoso que se observe muy estrictamente en nuetros días.

Además de la prueba consistente en secar paños mojados, existen varias otras. Una de ellas consiste en sentarse sobre la nieve. La cantidad que se funde bajo el *respa* y el radio más o menos extenso en que se funde en torno a él denota el grado de calor que despide.

Es difícil hacerse una idea absolutamente precisa acerca de la importancia de los resultados del *tumo*. Estos parecen estar debidamente comprobados. Hay ermitaños que viven realmente desnudos o escasamente vestidos, en medio de la nieve, a grandes altitudes. □



Foto © Derechos reservados

Casco atribuido al rey Srong-btsan-sgam-po (siglo VII), fundador del reino del Tibet unificado. Junto con otros objetos totalmente inéditos, el casco está presente en la exposición "Tesoros del Tibet", que se celebra desde abril hasta octubre de 1987 en el Museo de Historia Natural de París.

Mystiques et magiciens du Tibet (Místicos y magos del Tibet). París, 1929

Tras las huellas de Marco Polo

por Jan Myrdal

La Ruta de la Seda, recorrida desde tiempos antiguos por los mercaderes y los grandes viajeros, une el Occidente con el corazón de China. Desde su infancia, Jan Myrdal soñaba con seguir las huellas de su ilustre antecesor Marco Polo. Este escritor sueco (nacido en 1927), autodidacta, ha viajado mucho, recorriendo Europa y Asia a la manera de los beatniks. En 1957 parte hacia China en un Citroen 2 caballos. Está a punto de llegar al Alto Pamir cuando cae enfermo y debe volver sobre sus pasos. En su lecho de hospital no piensa más que en una cosa: reanudar el viaje interrumpido. El relato de su odisea aparecerá, en sueco, en 1977.

EN cuanto estuve restablecido y pude pensar en el futuro, reanudamos nuestros proyectos de proseguir el viaje interrumpido. Pedimos autorización para ir a Tashkurgán, a Pamir y al oeste de China. Tuvimos que esperar dieciséis años para obtener dicha autorización.

Las mujeres traen la carne. Detrás de ellas, por la abertura de la cabaña, se perfilan las montañas deslumbrantes de blancura sobre el cielo oscuro. Es carne de cordero. El cordero de Marco Polo. No es simplemente un gran honor. Tiene verdaderamente sabor a carne.

Las personas que nos reciben aquí son las mismas con quienes convivimos hace diecisiete años pero del otro lado de la montaña, y lo hacen con la misma hospitalidad y la misma dignidad natural. Estamos sentados sobre un tapiz tadjik prodigiosamente bello y miramos las fuentes de carne y los grandes potes llenos de leche cuajada colocados ante nosotros.

Estoy feliz. Encontrarse en este lugar bien valía los diecisiete años de espera. Y desde aquí los caminos se abren hacia el este. Sin embargo, jamás podrá afirmarse que seguí las huellas de Marco Polo. ¿ De qué sirve ser el primer extranjero que viajó al Pamir chino desde 1949 y de qué sirve haber llegado hasta aquí por las rutas y ríos desde el Cabo Norte hasta el Mar de China, de qué sirve haber trabajado veinte años para poder realizar eso cuando de todos modos me faltarán siempre algunas decenas de kilómetros en esta ruta de los pasos entre Afganistán y China? ¡Algunas decenas de kilómetros de menos y es como si no hubiera hecho nada!

Tal vez reciba la autorización dentro de otros diecisiete años. El Pakistán me había prometido hace tiempo que me autorizaría a subir a Tashkurgán por esa ruta, y supongamos que también reciba autorización para atravesar la frontera de Afganistán y bajar a Uaján; entonces el viaje estará hecho. Y no sólo el viaje de Marco Polo, sino también los de Faxian y Xuan Zang. Es lo que yo soñaba a los once años, un verano, en un granero del campo sueco —eso y mucho más.

Tal vez reciba la autorización, pues, pero seguramente no seré capaz de emprender el viaje. Vuelve a oírse la música, fuera siguen bailando. Por encima de 4.000 metros la altitud comienza a plantearme problemas.

El paso que atravesábamos se encontraba a 4.700 metros. Fui a ver algunas tumbas que estaban justamente más abajo. Se parecían mucho a las que hay en el valle próximo a Tashkurgán y me recordaron también las tumbas del valle de Bashgul en el Nuristán, bajo el Hindu Kush, al sur de los pasos de aquí. Tuve, por consiguiente, la fuerza de llegar hasta aquí, pero dentro de diez o veinte años seguramente ya no la tendré. Aun cuando obtuviera la autorización, no podría cruzar los pasos de Afganistán, allá. Son todavía más altos que los de aquí.

Es curiosa la sensación de estar aquí, de escuchar la música y de saber que ahora es aquí, pero no más lejos.

Cito estas notas tomadas en el campamento al este de Tashkurgán.



Foto Michaud © Rapho, París

En la pequeña ciudad de Tashkurgán, en el Turquestán afgano, un caravanero cuece el arroz para la cena.

El tiempo gris les da un ligero sabor sentimental. El viaje tiene una dimensión que no siempre se reconoce.

Son muy objetivos y prosaicos todos los grandes viajeros que han pasado por aquí y que, más tarde, han relatado sus impresiones. Sus razones para viajar son muy convincentes. Se dedican al comercio o coleccionan textos religiosos o quieren asegurarse de que realmente ésta es la ruta de China. Van a levantar mapas. Todo eso está muy bien.

Nosotros también tenemos nuestras razones objetivas. En alguna parte he leído que yo viajaba para relatar lo que veía. Eso también está bien.

Pero en realidad ello no explica que en estos veinte últimos años haya pasado más meses de viaje que en mi casa en Suecia, y explica aun menos por qué los grandes viajeros cuyos relatos despiertan tanta admiración emprendieron sus viajes.

Pues existe una tercera dimensión en el viaje. Esa nostalgia extraña y dolorosa de algo que estaría más allá. Las partidas al amanecer. La dulce sensación de agotamiento después del paso de una montaña. El sabor a mar en la boca antes de ver el mar. El olor a agua y a cultivos cuando aun se está en el desierto. Llegar a una ciudad en medio de la noche, permanecer inmóvil en la oscuridad y escuchar los ruidos nuevos.

Viajar no es solamente ver cosas nuevas: es también abandonar. No sólo abrir puertas, sino cerrarlas tras de sí; no volver nunca más. Sin embargo, el lugar que se ha dejado para no regresar jamás a él está siempre presente cuando se cierran los ojos. Ninguna ciudad se torna tan visible en la noche como la que se ha abandonado para nunca retornar a ella.

Y es justamente aquí, en el Techo del Mundo, en el momento en que me doy cuenta de que jamás en mi vida concluiré este viaje que realizo desde hace veinte años —es aquí justamente, ahora, donde entiendo con qué fuerza experimento esta necesidad de partir, de continuar, de ir más allá, de abandonar, de ver más. Es bueno, importante y racional escribir informes, reportajes, relatos, pero en una tercera dimensión aparecen también como una racionalización de un deseo poderoso cuyas raíces arrancan del fondo de la existencia. □

La route de la soie. Voyage dans les provinces chinoises du Nord-Ouest, Sinkiang et Kansou (La ruta de la seda. Viaje a las provincias chinas del noroeste, Sinkiang y Kansú), traducido del sueco por Marc de Gouvenain y Lena Grumbach, París, 1980

Rectificación

En una leyenda de la página 6 de nuestro número de febrero ("Los Alpes y su mundo") se indica erróneamente que la importante estación francesa de deportes de invierno del Alpe-d'Huez pertenece a la Alta Saboya cuando en realidad está situada en el departamento del Isère.

Tarifas de suscripción:
1 año: 90 francos franceses (España: 2.385 pesetas IVA incluido).
Tapas para 12 números (1 año): 62 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 150 francos.

Redacción y distribución:
Unesco, Place Fontenoy, 75700 París.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar **"De El Correo de la Unesco"**, el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a **El Correo** tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la Revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de las Naciones Unidas ni de la Unesco.

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

El Correo

Redacción (en la Sede, París):
Subjefe de redacción: Olga Rodel
Secretaria de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Francisco Fernández-Santos
Francés: Alain Lévêque
Neda el Khazen
Inglés: Roy Malkin
Caroline Lawrence
Ruso: Nikolai Kuznetsov
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmudi
Braille:

Documentación: Violette Ringelstein
Ilustración: Ariane Bailey
Composición gráfica: Georges Servat, George Ducret
Promoción y difusión: Fernando Ainsa
Ventas y suscripciones: Henry Knobil
Proyectos especiales: Peggy Julien

Ediciones (fuera de la Sede):
Alemán: Werner Merkli (Berna)
Japonés: Seiichiro Kojimo (Tokio)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Ram Babu Sharma (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo: Alexander Broido (Tel-Aviv)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Río de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung-Gil (Seúl)
Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar es Salam)
Croata-serbio, esloveno, macedonio y serbio-croata: Bozidar Perkovic (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Pekín)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiu (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasckara Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Lina Svenzén (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)

IMPRIME EN FRANCE (Printed in France) - Dépôt légal : C1 - Avril 1987
PHOTOGRAVURE-IMPRESSION : MAURY-IMPRIMEUR S.A., Z.I. route d'Etampes, 45330 MALESHERBES.

Revistas trimestrales de la Unesco

Perspectivas
Revista de educación

Los artículos de *Perspectivas*, escritos por especialistas pertenecientes a diversos países, constituyen una fuente de reflexión para el lector que desee estar al corriente de la actualidad pedagógica internacional. Esta revista publica análisis críticos sobre reformas e innovaciones educativas, nuevas tendencias pedagógicas y debates sobre ideas y políticas de educación.

Subscripción anual: 100 francos franceses
Número suelto: 30

La naturaleza y sus recursos
La explotación y conservación de los recursos naturales así como la preservación del medio ambiente son temas que suscitan hoy día un interés mundial. *La naturaleza y sus recursos* ofrece información sobre las actividades de la Unesco en el marco del Programa "El hombre y la biosfera", del Programa Hidrológico Internacional y del Programa de Correlación Geológica.

Subscripción anual: 60 francos
Número suelto: 18

Museum
Arte y tecnología coexisten en esta revista internacional que publica interesantes artículos sobre las últimas innovaciones en el campo de la museología, así como sobre las diversas actividades que animan la vida de los museos en distintos países del mundo.

Subscripción anual: 156 francos
Número suelto: 48

Boletín de derecho de autor
Ante la proliferación de nuevas técnicas de comunicación y la necesidad de tener acceso a las obras literarias y artísticas producidas en otros países, el derecho de autor constituye un elemento esencial del desarrollo del saber y de la cultura. Tiene por misión proteger la creación y armonizar los sistemas internacionales que la reglamentan.

Subscripción anual: 60 francos
Número suelto: 18



Para renovar su suscripción
y pedir otras publicaciones periódicas de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones periódicas de la Unesco en las librerías o directamente al agente general de la Organizacion. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

Correo Argentino	CENTRAL (B)	Tarifa reducida Concesión Nº 274
		Franqueo pagado Concesión Nº 4074

ARGENTINA. Librería El Correo de la Unesco, EDILYR S.R L., Tucumán 1685 (P.B. "A") 1050 Buenos Aires.

BOLIVIA. Los Amigos del Libro, casilla postal 4415, La Paz; Avenida de las Heroínas 3712, casilla postal 450, Cochabamba.

BRASIL. Fundaçao Getúlio Vargas, Editora-Divisao de Vendas, caixa postal 9.052-ZC-02, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, R.J. (CEP 20000). Livros e Revistas Técnicos Ltda., Av. Brigadeiro Faria Lima 1709, 6º andar, Sao Paulo, y sucursales: Rio de Janeiro, Porto Alegre, Curitiba, Belo Horizonte, Recife.

COLOMBIA. Instituto Colombiano de Cultura, carrera 3ª, nº 18/24, Bogotá.

COSTA RICA. Librería Trejos, S.A., apartado 1313, San José.

CUBA. Ediciones Cubanas, O'Reille 407, La Habana. Para *El Correo de la Unesco* solamente: Empresa COPREFIL, Dragones 456, entre Lealtad y Campanario, La Habana 2.

CHILE. Editorial Universitaria, S.A., Departamento de Importaciones, casilla 10110, Santiago; Librería La Biblioteca, Alejandro I 867, casilla 5602, Santiago.

ECUADOR. Revistas solamente: DINACOUR Cía. Ltda., Santa Prisca 296 y Pasaje San Luis, oficina 101-102, casilla 112B, Quito.

ESPAÑA. MUNDI-PRENSA LIBROS S.A., Castelló 37, Madrid 1; Ediciones LIBER, apartado 17, Magdalena 8, Ondárroa (Vizcaya).

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. Bernan-UNIPUB, Periodicals Department, 4611-F Assembly Drive, Lanham, MD 20706 4391.

FRANCIA. Librairie de l'Unesco, 7, Place Fontenoy, 75700 París.

GUATEMALA. Comisión Guatemalteca de Cooperación con la Unesco, 3a Avenida 13-30, Zona 1, apartado postal 24, Guatemala.

MARRUECOS. Librairie "Aux Belles Images", 281, avenue Mohamed V, Rabat; *El Correo de la Unesco* para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 19, rue Oqba, B P. 420, Rabat (C.C P. 324-45).

MEXICO. Librería El Correo de la Unesco, Actipán 66, Colonia del Valle, México 12, DF.

PANAMA. Distribuidora Cultura Internacional, apartado 7571, Zona 5, Panamá.

PERU. Librería Studium, Plaza Francia 1164, apartado 2139, Lima.

PORTUGAL. Días & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70-74, Lisboa 1117 Codex.

PUERTO RICO. Librería Alma Mater, Cabrera 867, Río Piedras, Puerto Rico 00925.

URUGUAY. EDILYR Uruguaya, S.A., Maldonado 1092, Montevideo.

VENEZUELA Librería del Este, avenida Francisco de Miranda 52, Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas 1060-A.


日をだふといふ
月をはつんといふ
天をへあといふ
地をあるうといふ
雨をきつけといふ
風をうのをといふ
雲をとといふ
雪をてねといふ
山をべるぐといふ
海をぜといふ
川をぴーるといふ
東をっすどといふ
西をうえすとといふ
南をいどといふ
北をのっるどといふ
暑をゥむといふ
寒をこゥるといふ
左をれくるといふ
右をかゥるといふ
前をあくるといふ
後をっぷといふ
上をそらといふ
下をそるといふ
佛蘭西人
和蘭人